

Gottfried August Bürger



**Las Aventuras
del Barón de
Münchhausen**

textos.info
biblioteca digital abierta

Las Aventuras del Barón de Münchhausen

Gottfried August Bürger

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8013

Título: Las Aventuras del Barón de Münchhausen

Autor: Gottfried August Bürger

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 14 de mayo de 2023

Fecha de modificación: 14 de mayo de 2023

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I. Viaje a Rusia y a San Petersburgo

Emprendí mi viaje a Rusia en medio del invierno, habiendo hecho el juicioso raciocinio de que los caminos del norte de Alemania, de Polonia, de Curlandia y de Livonia, que, según las descripciones de los viajeros, son más impracticables aún que el camino del templo de la virtud, se mejoran con el frío y la nieve, sin costar nada a la solicitud de los gobiernos.

Viajaba a caballo, lo que seguramente es el mejor modo de transporte, siempre que el caballo y el caballero sean buenos: de este modo no se expone uno a tener cuestiones de honor con algún digno maestro de postas alemán, ni está obligado a detenerse en cada venta a voluntad de un postillón sediento. Iba ligeramente vestido, lo que sentía más y más a medida que adelantaba hacia el nordeste.

Figuraos ahora en medio de un tiempo crudo y bajo un duro clima, a un pobre anciano que yacía en la desolada orilla de un camino de Polonia, expuesto a un viento glacial y teniendo apenas con qué cubrir su desnudez.

El aspecto de aquel pobre hombre me afligió profundamente, y aunque hacía un frío para helarme el corazón en el pecho, le arrojé mi capa. Al mismo instante resonó en el cielo una voz, y alabando mi misericordia, me gritó: «Lléveme el diablo, hijo mío, si esta buena acción queda sin recompensa.»

Continué mi viaje hasta que la noche y las tinieblas me sorprendieron. Ninguna señal ni ruido me indicaban la presencia de un pueblo: todo el país estaba sepultado bajo la nieve, y yo no sabía el camino.

Fatigado y sin poder ya más, me decidí a echar pie a tierra, y até mi caballo a una especie de tocón de árbol que sobresalía por encima de la nieve. Me puse por precaución una de mis pistolas bajo el brazo y me acosté sobre la misma nieve. Sin embargo, dormí tan bien, que cuando abrí los ojos era ya de día claro. Pero ¡cuál no fue mi asombro cuando me encontré en medio de un pueblo, en el cementerio! En el primer momento

no vi mi caballo, pero al cabo de algunos instantes oí relinchar por encima de mí. Levanté la cabeza y pude convencerme de que el animal estaba suspendido de la veleta del campanario.

Muy pronto me di cuenta del singular acontecimiento: había encontrado el pueblo enteramente cubierto de nieve; durante la noche se había templado súbitamente el tiempo, y mientras yo estaba durmiendo, la nieve se había derretido bajándome lenta y suavemente hasta el suelo: lo que en la oscuridad de la noche había tomado por un tocón de árbol, no era sino la veleta o remate del campanario. Sin embarazarme más, tomé una pistola, apunté a las bridas y volví dichosamente por este medio a tomar posesión de mi caballo, continuando mi camino.

Todo fue bien hasta mi llegada a Rusia, donde no hay la costumbre de ir a caballo en invierno. Como mi principio es conformarme siempre con los usos de los países en que me hallo, tomé un trineo de un solo caballo y me dirigí alegremente a San Petersburgo.

No sé exactamente si fue en Estonia o en Ingria, pero recuerdo aún perfectamente que fue en medio de un espantable bosque donde me vi perseguido por un enorme lobo, a quien hacía más ágil aún el aguijón del hambre. No era posible escaparse de sus garras y muy pronto me alcanzó: déjeme caer maquinalmente al fondo del trineo y dejé a mi caballo que saliera del paso y cuidara de mis intereses como Dios le diera a entender. Sucedió lo que yo me presumía y no me atrevía a esperar. Sin cuidarse de mi débil individuo, saltó el lobo por encima de mí, cayó furioso sobre el caballo, desgarró y devoró en un instante todo el cuarto trasero del pobre animal, que, agujado por el dolor y el espanto, aún corría más veloz. ¡Me había salvado! Levanté furtivamente la cabeza y vi que el lobo iba ocupando el lugar del caballo a medida que se lo comía: la ocasión era demasiado favorable para malograrla, y no vacilé; tomé el látigo y me puse a zurrar al lobo con todas mis fuerzas. Estos inesperados postres no le causaron poco terror: lanzóse hacia adelante con toda su ligereza y, ved lo más extraño, cayendo al suelo el esqueleto de mi caballo, quedó el lobo uncido a mi trineo.

Por mi parte, yo no daba a la mano punto de reposo, de modo que corriendo con tal y tanto garbo no tardamos mucho en llegar sanos y salvos a San Petersburgo, contra nuestra esperanza respectiva y con gran asombro de los transeúntes.

No quiero, señores, fatigaros con charlatanerías sobre los usos, artes, ciencias y otras particularidades de la brillante capital de Rusia: menos aún os hablaré de las intrigas y alegres aventuras de la sociedad elegante, donde las damas ofrecen a los extranjeros tan generosa hospitalidad; prefiero llamar vuestra atención sobre objetos más grandes y nobles, sobre los caballos y los perros, por ejemplo, que he tenido yo siempre en gran estima; después sobre los zorros, los lobos y los osos, de que Rusia, tan rica ya en toda especie de caza, abunda más que ningún otro país de la tierra; hablaros, en fin, de esas partidas de recreo, de esos ejercicios caballerescos, de esos actos de lucimiento que sientan mejor a un caballero que un mal trozo de latín o de griego, o que esas bolsitas de olor, esos visajes y cabriolas de los bellos ingenios franceses.

Como pasara algún tiempo antes de que pudiera yo entrar en el servicio, tuve, por espacio de dos meses, lugar y libertad completa para gastar tiempo y dinero de la manera más noble. Pasaba muchas noches entretenido en verlas venir, y no pocas en chocar los vasos.

El rigor del clima y las costumbres de la nación han dado a la botella una importancia social que no tiene en nuestra sobria Alemania; así es que he encontrado en Rusia personas que pueden pasar por virtuosas consumadas en este género de ejercicio. Pero no eran sino pobres petates al lado de un antiguo general, de grandes mostachos canosos y tez cobriza, que comía con nosotros a mesa redonda. El bueno del hombre había perdido en un combate contra los turcos la tapa de los sesos; de modo que siempre que se presentaba un extraño, tenía que pedir dispensa de su necesidad de conservar el sombrero puesto. Era su costumbre beberse en la comida algunas botellas de aguardiente, y para terminar, aún despachaba un frasco de arak doblando a veces la dosis, según las circunstancias. Con todo eso, era imposible descubrir en él la más ligera señal de embriaguez. Acaso os parezca inverosímil: a mí también me lo pareció por mucho tiempo, hasta que al fin pude dar con la clave del enigma. El general tenía la costumbre de levantarse de vez en cuando el sombrero, y yo había observado muchas veces el movimiento, aunque sin comprender su táctica. ¿Qué extraño podía ser que tuviera caliente la cabeza y necesitara renovar el aire? Pero acabé por ver que, al mismo tiempo que el sombrero, levantaba también una lámina de plata que se adhería a su cráneo, sirviéndole de tapa de los sesos, y que entonces los humos de las bebidas espirituosas que había trasvasado, se escapaban en ligeras nubes.

El enigma estaba descifrado. Participé el descubrimiento a dos amigos míos y me ofrecí a probarles su exactitud. A tal propósito fui a colocarme con mi pipa detrás del general, y en el momento de levantarse el sombrero, di fuego con un pedazo de papel encendido al humo que salía de su cabeza. Entonces pudimos ver un espectáculo tan nuevo como admirable.

Habíase transformado en columna de fuego la columna de humo que se elevaba por encima del general; y los vapores que se hallaban retenidos entre sus cabellos formaban una azulada aureola como no brilló nunca en la cabeza del mayor santo. Mi experimento no pudo permanecer oculto al general; pero lejos de enfadarse, nos permitió repetir a menudo un ejercicio que le daba aspecto tan venerable.

II. Historias de caza

Paso en silencio muchas y alegres escenas de que fuimos actores o testigos en circunstancias análogas, porque quiero referiros diferentes historias cinegéticas mucho más maravillosas e interesantes que todo eso.

No hay para qué deciros que mi sociedad predilecta se componía de esos buenos compañeros que saben apreciar el noble placer de la caza. Las circunstancias que rodearon todas mis aventuras, la fortuna que guió todos mis tiros quedarán entre los más bellos recuerdos de mi vida.

Una mañana vi desde la ventana de mi dormitorio un gran estanque que se hallaba en la vecindad, cubierto todo él de patos silvestres. Descolgué inmediatamente mi escopeta y bajé la escalera con tal precipitación, que choqué de cara contra la puerta. El golpe me hizo ver todas las chispas de una fragua; pero no por eso perdí un momento. Iba a disparar, cuando advertí con desesperación que al violento choque en la puerta se me había caído la piedra de la escopeta. ¿Qué hacer en tan crítico momento? No había que perder tiempo.

Por fortuna, me acordé de lo que había visto hacía poco: alzo la cazoleta, dirijo el arma en la dirección de la caza y me doy un pinchazo en un ojo. Este vigoroso golpe hizo saltar un número de chispas suficiente para encender la pólvora: el tiro partió y maté cinco pares de patos, cuatro cercelas y dos gallinetas de agua. Esto prueba que la presencia de ánimo es el alma de las grandes acciones. Si presta inapreciables servicios al soldado y al marino, el cazador por su parte le debe también muy buenos lances.

Así, por ejemplo, recuerdo que un día vi en un lago, a cuya orilla me había llevado una de mis excursiones, algunas docenas de patos silvestres, por demás diseminados para que esperara matar de un tiro más de un pájaro. Para colmo de desgracia, mis últimas municiones estaban en la escopeta, y hubiera yo querido matarlos todos de un tiro, teniendo en casa que obsequiar a muchos amigos y conocidos.

Recordé entonces que tenía aún en el morral un pedazo de tocino, resto de las provisiones que había llevado a mi expedición. Até esta grasa a la trailla de mi perro, cuya cuerda deshice y prolongué enlazando sus cabos; me oculté luego entre los juncos de la orilla, lancé lejos el cebo, y muy pronto tuve la satisfacción de ver cómo se acercó un pato y se lo tragó. Acudieron los otros detrás del primero, y como mediante la untuosidad del tocino, muy pronto el cebo atravesó el pato en toda su longitud, otro pato se lo tragó a su vez, después otro y otro después y así sucesivamente. Al cabo de algunos instantes, mi resto de tocino había pasado por todos los patos, sin separarse de la cuerda, habiéndolos ensartado a guisa de perlas. Con esto volví gozosamente a la orilla; me di cinco o seis vueltas al cuerpo con el dichoso rosario, y enderecé hacia mi casa. Teniendo que andar todavía buen trecho de camino y pesándome demasiado los patos, hube de sentir haber cogido tantos. Pero en esto sobrevino un acontecimiento, que al principio me causó alguna inquietud. Los patos estaban aún vivos todos, y volviendo poco a poco de su aturdimiento se pusieron a aletear y levantarse por los aires. Cualquiera otro se hubiera visto muy embarazado; pero yo hice valer el accidente en mi provecho, pues sirviéndome de mis faldones como de remos, me guié directamente hacia mi casa.

Estando ya por encima de ella, y tratándose sólo ya de tomar tierra sin romperme nada, fui retorciendo sucesivamente el cuello a mis patos, y bajé por el cañón de la chimenea, dejando estupefacto a mi cocinero. Por fortuna estaba el hogar apagado.

Con una bandada de perdices corrí una aventura poco más o menos semejante. Había salido para probar una escopeta nueva y agotado mis municiones de plomo menudo, cuando, sin esperarlo, veo levantarse a mis pies una bandada de perdices. El deseo de ver figurar aquella misma noche algunas de ellas en mi mesa, hubo de inspirarme un medio que os aconsejo emplear, bajo mi palabra, en semejantes circunstancias. Luego que hube observado el sitio en que se dejó caer la bandada, cargué rápidamente mi escopeta metiendo en vez de plomos la baqueta, cuyo extremo dejé fuera del cañón.

Así preparado, enderecé hacia las perdices y les tiré al levantar el vuelo. A algunos pasos más allá fue a caer mi baqueta ensartando siete piezas, que debieron quedar muy sorprendidas de hallarse súbitamente metidas en el asador, lo que justifica el refrán que dice: Ayúdate y Dios te ayudará.

Otra vez encontré en uno de los grandes bosques de Rusia un magnífico zorro azul. Hubiera sido lástima agujerear aquella preciosa piel con una bala o con perdigones. El compadre zorro estaba oculto detrás de un árbol. Inmediatamente saqué la bala del cañón y la reemplacé por un buen clavo; hice fuego después, con tal acierto, que la cola del zorro quedó fija en el árbol. Entonces me adelanté tranquilamente hacia él, saqué mi cuchillo de monte y le hice en el hocico un doble corte en forma de cruz; tomé enseguida mi látigo y le hice salir de su misma piel tan bonitamente que era cosa de ver.

La casualidad y la suerte se encargan muchas veces de reparar nuestras faltas, y he aquí un ejemplo. Un día vi en un espeso bosque una jabalina y un jabato que corrían hacia mí.

Les tiré y no hice carne; pero el jabato continúa andando, y la jabalina se detiene inmóvil, como clavada en el suelo.

Por peligrosa que sea la hembra, el macho de esta especie es aún más feroz y terrible. Una vez encontré en un bosque un jabalí, tan en mala hora, que no estaba preparado para la defensa ni menos para el ataque; y apenas había tenido tiempo de ampararme detrás de un árbol, cuando con todo su ímpetu se lanzó a mí la fiera para darme una dentellada: me la dio, en efecto; pero en lugar de penetrar en mi cuerpo, se hincaron tan profundamente en el tronco sus firmes y corvas presas, que no pudo ya sacarlas para acometerme de nuevo.

Me acerco para averiguar la causa de aquella inmovilidad, y noto que me las había con una jabalina ciega, la cual tenía entre los dientes el rabo del jabato, el cual, en su piedad filial, le servía de lazarillo. Habiendo pasado mi bala entre los dos animales, había cortado el hilo conductor, cuyo extremo conservaba aún la jabalina, que, no sintiendo ya que tiraban de ella, se había detenido instintivamente. Cogí yo al punto aquel fragmento de rabo y me llevé a mi casa sin resistencia ni dificultad ninguna al pobre animal ciego.

—¡Hola! ¡Compadre jabalí! —exclamé yo cobrando aliento—. ¡A ver ahora quién puede más de los dos!

Tomé luego una piedra y acuñé sólidamente sus presas, de manera que le fue absolutamente imposible arrancarse ya del tronco. No tenía más

remedio que esperar que yo decidiera de su suerte. Fui, pues, a buscar cuerdas y una carreta al pueblo inmediato y me lo llevé fuertemente amarrado y vivo a mi casa.

Seguramente habréis oído hablar de San Humberto, el patrono de los cazadores, como igualmente del ciervo que se le apareció en un bosque llevando la santa cruz entre los cuernos. Nunca he dejado de festejar anualmente en buena compañía al santo patrono, y he visto con frecuencia su ciervo pintado en las iglesias, así como en el pecho de los caballeros de la orden que lleva su nombre: así en mi ánimo y conciencia y por mi honor de bravo cazador, no me atreveré a negar que haya habido en otro tiempo ciervos coronados de cruces y aun que los haya en el día de hoy.

Pero sin entrar en esta discusión, permitidme referiros lo que he visto por mis propios ojos.

Un día que no tenía ya plomos, di casualmente con el ciervo más gallardo del mundo.

Detúvose el animal y me miró fijamente, como si supiera que mi bolsa de municiones estaba ya vacía. Al instante eché a la escopeta una carga de pólvora y en vez de plomo un puñado de huesos de cerezas, a las que desembaracé de su carne lo más pronto que pude, y le envié el total a la frente entre los dos cuernos. Aturdido del tiro, vaciló un momento; pero se rehizo luego y desapareció. Un año o dos después, volví a pasar por el mismo bosque y ¡oh sorpresa!, vi un magnífico ciervo que llevaba entre los cuernos un cerezo de diez pies de alto cuando menos.

Recordé entonces mi primera aventura, y considerando al animal como una propiedad mía de mucho tiempo atrás, lo tendí en tierra de un balazo, ganando así al mismo tiempo el asado y los postres; porque el árbol estaba cargado de fruta y la más deliciosa y exquisita que en mi vida había comido.

¿Quién puede asegurar, en virtud de esto, que algún piadoso y apasionado cazador, abad u obispo, no hubiera sembrado del mismo modo la cruz entre los cuernos del ciervo de San Humberto? Sabido es desde siempre que tales señores fueron y son diestros en plantar cruces y cuernos.

En los casos extremos un buen cazador recurre a cualquier medio, antes

de malograr una buena ocasión; y yo mismo me he visto muchas veces obligado a salir de los lances más peligrosos a fuerza de habilidad.

¿Qué diré, por ejemplo, del caso siguiente?

Encontrábame una vez, a la caída de la tarde, falto de municiones en un bosque de Polonia; y me volvía yo a mi casa, cuando un enorme oso, con tamaña boca abierta, sale a mi encuentro y me corta el paso con la peor intención del mundo. En vano busco en todos mis bolsillos pólvora ni balas; sólo hallé dos piedras de chispas, reserva que tengo la costumbre de llevar siempre por precaución, y le lancé al animal una de ellas, que penetró hasta el fondo de su tragadero. No habiéndole hecho maldita la gracia mi duro tratamiento, da media vuelta y me permite así enviarle la segunda piedra a la parte que no puede mentarse.

El recurso no pudo ser más eficaz. No sólo llegó a su dirección el segundo pedernal, sino que entró tan adentro en su camino, que encontró al primero: el choque produjo fuego, y el oso estalló con una explosión terrible. Estoy seguro de que un argumento a priori lanzado así contra un argumento a posteriori, haría en moral un efecto análogo en más de un sabio.

Estaba escrito que yo debía ser atacado por los más terribles y feroces animales, precisamente en los momentos en que estaba menos preparado a hacerles frente, como si su propio instinto les hubiera advertido mi debilidad. Así es que una vez que acababa de quitar la piedra de mi escopeta para arreglarla, en aquel momento crítico, un oso traidor se lanzó a mí aullando. Todo lo que yo podía hacer era refugiarme en un árbol para prepararme a la defensa. Por desgracia, al trepar a él, dejé caer mi cuchillo, y no tenía ya más que los dedos; cosa insuficiente para arreglar mi piedra. El oso se dirigía al pie del árbol y yo esperaba ser devorado de un momento a otro.

Hubiera podido encender el cebo de mi escopeta sacando chispas de mis ojos, como lo había hecho en otra ocasión; pero semejante expediente no me tentaba mucho, que digamos, como quiera que me había producido una inflamación de ojos, de que no estaba aún completamente curado. Así es que miraba con despecho mi cuchillo clavado de punta en la nieve; pero todo mi despecho no mejoraba, ni mucho menos, las cosas.

Por fin se me ocurrió una idea tan singular como feliz. Todos sabéis por

experiencia que el verdadero cazador lleva siempre, como el filósofo, todos sus bienes consigo: por lo que a mí hace, mi morral de caza es un verdadero arsenal donde encuentro recursos para todas las eventualidades. Registré mi morral y saqué, primero, un ovillo de cordón, después un pedazo de hierro encorvado y luego una caja de pez, que me metí en el seno para ablandarla, estando endurecida por el frío. Até enseguida al cordón el fragmento de hierro, que unté abundantemente de pez, y lo dejé caer rápidamente a tierra. El hierro empecinado se adhirió al mango del cuchillo tanto más cuanto que la pez se enfriaba al contacto del aire, formando como un cemento. Maniobrando así con precaución y destreza, logré al fin apoderarme otra vez del cuchillo.

Apenas hube arreglado mi piedra de chispas, cuando maese Martín, el oso, se creyó en el deber de escalar el árbol.

—¡Pardiez! —exclamé—; preciso es ser oso para elegir así el momento.

Y lo recibí con tan acertada descarga que perdió para siempre las ganas de subir a los árboles.

Otra vez fui estrechado tan de cerca por un lobo, que para defenderme no tuve más recurso que hundirle el puño en las mismas fauces. Impulsado por el instinto de conservación, hundí el puño más, y más el brazo, hasta que me llegó el lobo al mismo hombro. Pero ¿qué hacer después de esto? Pensad en mi situación, que era comprometida, cara a cara con un lobo; y puedo aseguraros que no nos mirábamos con buenos ojos. Si sacaba el brazo, la fiera se me echaba encima infaliblemente, pues veía claramente su intención en sus ojos fulminantes. No había que perder tiempo: conque le agarré las entrañas, tiré hacia mí y volví el lobo del revés, ni más ni menos que un guante, dejándolo muerto sobre la nieve.

Ciertamente no habría empleado este procedimiento con un perro rabioso que me olía en una calle de San Petersburgo.

—Esta vez —me dije—, no hay más remedio que darse con los talones en las posaderas.

Y para correr más y mejor arrojé mi capa y me refugié cuanto antes en mi casa. Envié después a mi criado a recoger mi capa, que puso en el armario con la demás ropa mía.

El día siguiente oí un gran ruido en la casa, y al poco vino Juan diciéndome: —¡Por Dios, señor barón! Vuestra capa está rabiosa.

Salgo sin demora y veo toda mi ropa hecha pedazos. No había mentido el chusco: mi capa estaba, en efecto, rabiosa. Llegué precisamente en el momento en que la furibunda se las había con una casaca nueva de gala, y era cosa de ver cómo la sacudía y despedazaba de la manera más lastimosa.

III. De los perros y caballos del barón

En todas estas circunstancias difíciles, de que triunfé felizmente, aunque siempre con peligro de la vida, el valor y la presencia de ánimo me permitieron superar tantos obstáculos. Estas dos cualidades hacen, como todos saben, al buen cazador, al buen soldado y al buen marino. Sin embargo, sería un cazador, un almirante o general imprudente y censurable el que confiara para todo en su valor y presencia de ánimo, sin valerse de los ardides, instrumentos y auxiliares que pueden asegurar el logro de sus empresas. De mí sé decir que estoy a cubierto de este cargo, como quiera que puedo vanagloriarme de haber sido siempre citado así por la excelencia de mis caballos y perros, como por la notable habilidad de utilizarlos.

No querría hablaros de los pormenores de mis caballerizas, de mis perreras, ni de mis salas de armas, como tienen costumbre de hacerlo los palafreneros y picadores; pero no puedo menos de hablaros de dos de mis perros que se distinguieron tan particularmente a mi servicio, que no los olvidaré jamás.

Era el uno un perdiguero, tan infatigable, tan inteligente, tan discreto, por decirlo así, que nadie lo podía ver sin envidiármelo. Lo mismo me servía de día que de noche: de noche le ataba al rabo una linterna, y de este ingenioso modo cazaba tan bien o acaso mejor que de día claro.

Poco tiempo después de mi casamiento, hubo de manifestar mi esposa deseos de asistir a una partida de caza. Tomé yo la delantera para levantar alguna pieza, y muy pronto vi a mi perro detenido ante una bandada de algunos centenares de perdices. Esperé a mi esposa, que venía en zaga con mi teniente y un criado, y la esperé mucho tiempo sin que ella ni nadie apareciera. En fin, demasiado inquieto para esperar más, volví a desandar mis pasos, y cuando estuve a la mitad del camino, oí gemidos lastimeros, que parecían salir de muy cerca; pero por ninguna parte se veía huella ni señal de ser viviente.

Eché pie a tierra, apliqué el oído al suelo, y no sólo me convencí de que

los gemidos eran subterráneos, sino que distinguí también la voz de mi esposa, de mi teniente y de mi criado. Observé al mismo tiempo que no lejos del sitio en que estaba se abría un pozo de mina de hulla, y con esto no dudé ya que mi esposa y sus desgraciados compañeros hubieran caído en él. Corrí a galope tendido al pueblo inmediato a buscar a los mineros, los cuales, después de grandes esfuerzos, lograron sacarlos del pozo, que tenía lo menos noventa pies de profundidad.

Subieron primero al criado y su caballo; después al teniente y el suyo, y por último a mi esposa y su yegua. Pero lo más curioso del caso fue que, a pesar de tan espantosa caída, nadie, ni personas, ni animales, recibió daño, fuera de algunas insignificantes contusiones; pero todos estaban poseídos de terror. Como podéis imaginar, no había ya que pensar en la partida de caza, y si, como lo supongo, habéis olvidado a mi perro durante esta narración, me dispensaréis que yo lo haya olvidado igualmente, después de tan terrible acontecimiento.

El día siguiente debía partir para asuntos del servicio, y estuve quince días fuera de mi casa.

Luego que estuve de regreso, pregunté por mi Diana. Nadie se había cuidado de ella: mis criados creyeron que me había seguido a mi expedición; y no siendo así, había que renunciar a verla más.

Pero muy pronto una idea luminosa pasó por mi cabeza.

—Acaso se quedara en muestra ante la bandada de perdices de marras —dije para mí—.

Corro sin demora allá, lleno de esperanza y de alegría, y... ¿qué es lo que encuentro? A mi misma perra inmóvil en el mismísimo paraje en que la había dejado quince días antes.

—¡Salta! —le grité—.

Y el pobre animal salió entonces de su parada y levantó la caza; pero apenas tuvo fuerza para venir detrás de mí: tan extenuado y famélico estaba. Para llevármelo a casa, me vi obligado a tomarlo a caballo; pero ya comprenderéis que me sometí con gusto a esta incomodidad, a trueque de recobrarlo. Algunos días de reposo y buen trato bastaron para volverlo a su estado normal, y hasta muchas semanas después no me encontré en

aptitud de resolver un enigma, que sin mi perra acaso no hubiera resuelto nunca.

Sucedió que por espacio de dos días anduve obcecado y tenaz en persecución de una liebre.

Mi perra me la traía siempre a tiro y yo no lograba nunca tirarle. No creo en hechicerías, porque he visto cosas extraordinarias para eso; pero confieso que salí con las manos en la cabeza del lance con aquella maldita liebre. Por fin me acerqué tanto a ella, que la tocaba con la boca del cañón de mi escopeta. Entonces le hice dar una voltereta y... ¿qué creeréis, señores, que encontré? Mi liebre tenía cuatro patas en el vientre y otras cuatro en el lomo; y con esto, cuando los pares de abajo estaban fatigados, se volvía como un hábil nadador que hace alternativamente el pez y el barco, y arrancaba de refresco con más garbo.

No he visto ni antes ni después liebre semejante a ésta, y seguramente se me hubiera escapado sin la ayuda de mi inteligente e infatigable Diana. Esta perra aventajaba a todos los individuos de su raza, de tal manera que no temería ser tachado de ponderativo llamándola única, si una lebrela que poseía no le hubiera disputado este mérito. Este animalito era menos notable por su estampa y casta que por su increíble rapidez. Si lo hubierais visto, lo habríais admirado seguramente y no habríais extrañado que yo lo estimara tanto y me complaciera en cazar con él más que con los otros. Esta lebrela corrió tan rápidamente y tanto tiempo a mi servicio, que se gastó las patas hasta por debajo del jarrete, y en su vejez pude emplearla ventajosamente en otros oficios.

Cuando este interesante animal era aún lebrela, o por mejor decir, galga, levantó una liebre, que me pareció extraordinariamente gorda. La perra estaba a la sazón preñada, y me pesaba en verdad ver los esfuerzos que hacía por correr tan rápidamente como antes.

De repente oí ladridos como si anduviera por allí una jauría entera, aunque débiles y agudos; fuime acercando en aquella dirección, y vi entonces la cosa más sorprendente del mundo.

La liebre había parido corriendo, y mi perra, por no ser menos, había hecho otro tanto, habiendo nacido precisamente tantos lebratínos como perros. Por instinto, habían huido los primeros, y por instinto también, no solamente los habían perseguido los segundos, sino que también los

habían cogido; de manera que vino a terminar con seis perros y seis liebres una partida de caza que había comenzado con una sola liebre y un solo perro.

Al recuerdo de esta admirable perra no puedo menos de añadir el de un excelente caballo lituano, que era en verdad un animal sin precio. Lo adquirí a consecuencia de una casualidad que me dio ocasión de mostrar gloriosamente mi destreza de jinete, lo que ocurrió de esta manera: Hallábame en el palacio del conde de Przobowski, en Lituania, y me había quedado en el salón tomando el té con las damas, mientras los caballeros habían ido al patio a ver un hermoso potro de raza recién traído de la yeguada. De repente oímos un grito de angustia.

Bajé apresuradamente la escalera y encontré al caballo tan furioso, que nadie se atrevía a montarlo, ni aun a acercarse a él siquiera; los jinetes más resueltos permanecían allí embarazados e inmóviles, y el espanto se pintaba en todas las caras, cuando de un brinco quedé yo muy bien sentado en su silla; lo sorprendí y quedó desde luego dominado con esta audacia; mis aptitudes hípicas acabaron de domarlo y hacerlo obediente y manso.

A fin de tranquilizar a las damas, hice saltar al potro al mismo salón, pasando por la ventana; hice con él otras muchas suertes al paso, al trote y al galope; y para terminar, le hice saltar sobre la mesa, donde ejecuté las más elegantes evoluciones de la alta escuela, lo que regocijó mucho a la reunión; porque hay que añadir que el potro se dejó gobernar tan bien, que no quebró ni siquiera un vaso.

Este acontecimiento me granjeó el favor de las damas, y especialmente del conde, el cual me rogó, con su habitual cortesía, que tuviera a bien aceptar el potro, para que me condujera a la victoria en la próxima campaña contra los turcos que iba a abrirse a las órdenes del conde de Munich.

IV. Aventuras del barón en la guerra contra los turcos

Hubiera sido difícil ciertamente hacerme un obsequio más grato que éste, de que me prometía mucho en la próxima campaña y que debía servirme para hacer mis pruebas. Un caballo tan dócil y tan fogoso, un cordero y un bucéfalo a la vez, debía recordarme los deberes del soldado, y al mismo tiempo los heroicos hechos realizados por el joven Alejandro en sus famosas guerras.

El objeto principal de nuestra campaña era restablecer el honor de las armas rusas, que había sido un tanto humillado en el Pruth, en tiempo del zar Pedro; y lo conseguimos después de rudos, pero gloriosos combates, y gracias a los talentos militares del general nombrado más arriba.

La modestia prohíbe a los subalternos atribuirse altos hechos de armas: la gloria debe referirse comúnmente a los jefes, por ineptos que sean, y a los reyes que no han sentido nunca el olor de la pólvora, sino en el ejercicio, ni han visto maniobrar a un ejército, sino en gran parada.

Así pues, yo por mí, no reivindico la menor parte de la gloria que nuestro ejército alcanzó en muchos empeños. Todos cumplimos con nuestro deber, palabra que en boca del ciudadano, del soldado, del hombre de bien tiene una significación mucho más lata de lo que imaginan los señores bebedores de cervezas .

Como yo mandaba entonces un cuerpo de húsares, tuve que ejecutar diferentes expediciones, cuyo éxito se confiaba enteramente a mi valor y experiencia: para ser justos, sin embargo, debo decir aquí que gran parte de este feliz éxito se debe a los valientes camaradas que yo conducía a la victoria.

Un día en que rechazábamos una salida de los turcos bajo los muros de Oczakow, se halló la vanguardia muy comprometida. Yo ocupaba un punto bastante avanzado, y vi de pronto venir por la parte de la ciudad un cuerpo enemigo envuelto en una nube de polvo, que impedía apreciar su número

y distancia. Rodearme de otra nube igual, hubiera sido una estratagema vulgar y además habría malogrado mi objeto. Desplegué, pues, en guerrilla mis tiradores en las alas de mi tropa, recomendándoles hacer todo el polvo que pudieran, mientras yo iba derecho al enemigo a fin de averiguar exactamente los datos que me importaban.

Alcancélo y se resistió tenazmente hasta que mis tiradores llegaron y pusieron en desorden sus filas. Con esto, lo dispersamos completamente, hicimos en él gran destrozo y lo rechazamos no solamente a la plaza, sino más allá todavía, como quiera que huyó por la parte opuesta; obteniendo así nosotros un resultado que no nos habíamos atrevido a esperar.

Como mi lituano se bebía los vientos, me hallé yo el primero a espaldas de los fugitivos; y viendo que el enemigo corría hacia la otra salida de la ciudad, creí conveniente hacer alto en la plaza del mercado y dar orden de tocar llamada. Pero figuraos mi asombro no viendo a mi alrededor ni trompeta, ni ordenanza, ni a ninguno de mis húsares.

—¿Qué diablos ha sido de ellos? —dije entre mí—. ¿Se habrán diseminado por las calles?

No debían, sin embargo, estar muy lejos, ni tardar, por consiguiente, en alcanzarme.

Entretanto, llevé mi caballo al agua a una fuente situada en medio de la plaza. Púsose a beber de una manera inconcebible, sin que, al parecer, apagara su sed extraordinaria. Muy pronto tuve la explicación de este fenómeno, porque al volverme para ver si venían los míos, vi con asombro... ¿qué diréis que vi, señores? Pues vi que a mi caballo le faltaba todo el cuarto trasero, cortado netamente de un tajo. El agua, pues, se escapaba por detrás a medida que entraba por delante, sin que el pobre animal conservara una gota.

¿Cómo diablos había sucedido esto?

Yo no acertaba a explicármelo; hasta que al fin llegó un húsar por la parte opuesta, y en medio de un torrente de cordiales felicitaciones y enérgicos juramentos, me refirió lo siguiente: Mientras yo me lancé atropelladamente por en medio de los fugitivos, dejaron caer súbitamente el rastrillo de la puerta, el cual había partido a tajo limpio mi caballo. Esta segunda parte del bruto había quedado al principio entre los enemigos, en los que hizo

grandes estragos. Después, no pudiendo penetrar en la plaza, se había dirigido a un prado inmediato, donde sin duda lo encontraría yo si iba a buscarlo.

Al punto volví grupa, aunque no la tenía mi cabalgadura, y corrí a la pradera al galope de mi medio caballo, y con gran contento mío hallé efectivamente la otra mitad, que se entregaba a las más ingeniosas evoluciones y pasaba alegremente el tiempo con las yeguas que por allí pacían.

Convencido, por consiguiente, de que las dos mitades de mi caballo estaban vivas, envié a llamar a nuestro veterinario, que sin perder tiempo las unió exactamente con tallos de laurel que había en el paraje, y la herida se curó felizmente.

Sucedió luego lo que no podía menos de suceder tratándose de un animal tan superior: los tallos de laurel echaron raíces en su cuerpo, brotaron y formaron a mi alrededor una enramada a cuya sombra me fue posible dar feliz remate a más de una acción gloriosa.

He de referiros aquí un ligero inconveniente que resultó de este brillante empeño. Había acuchillado al enemigo tan vigorosa e implacablemente y por tanto tiempo, que hubo de contraer mi brazo el hábito de ese mismo movimiento de acuchillar turcos, aun cuando los turcos habían quedado ya fuera de combate. Temiendo acuchillarme a mí mismo, y, sobre todo, acuchillar a los míos, cuando se me acercaban, me vi obligado a llevar el brazo en cabestrillo por espacio de ocho días, como si hubiera estado herido.

Cuando un hombre monta un caballo como mi lituano, bien podéis creerlo capaz de ejecutar otra hazaña que a primera vista parece fabulosa. Manteníamos el sitio de una plaza, de cuyo nombre no quiero acordarme, y era de la mayor importancia para el general saber lo que pasaba dentro. Imposible parecía poder entrar en plaza tan bien defendida, porque hubiera sido preciso abrirse paso a través de las avanzadas, de las líneas de tropa y de las obras de fortificación: nadie, por consiguiente, se atrevía a encargarse de tan arriesgada empresa.

Confiado, en demasía acaso, en mi valor, y llevado de mi celo, fui a colocarme al lado de un enorme cañón, y en el momento de salir el tiro, me lancé sobre la bala con el fin de penetrar en la plaza, cabalgando sobre

ella; pero cuando estuve a la mitad del camino, se me ocurrió una reflexión.

—Entrar... bien —me dije—; pero ¿y salir? ¿Qué va a suceder una vez dentro de la plaza?...

Se me tendrá por espía y se me ahorcará en el árbol más inmediato... Esto no es un fin digno de Münchhausen.

Habiendo hecho esta reflexión, seguida de muchas otras del mismo género, vi otra bala dirigida desde la fortaleza contra nuestro campo, la cual bala pasaba a poca distancia de mí.

Salté, pues, sobre ella y volví adonde estaban los míos, sin haber realizado mi proyecto, ciertamente; pero, al menos, sano y salvo.

Si yo era listo en el volteo, no lo era menos mi famoso caballo: ni vallas, ni fosos lo detenían, yendo siempre derecho como una flecha. Un día, una liebre que yo perseguía cruzó el camino real: en aquel momento crítico, un carruaje en que iban dos damas, vino a interponerse entre la pieza perseguida y el caballo en que yo la perseguía de cerca... Mi lituano atravesó tan ligera y rápidamente el carruaje, cuyos vidrios había roto, que apenas tuve tiempo de quitarme el sombrero para saludar a las damas y pedirles dispensa de aquella libertad.

Otra vez quise saltar un pantano, y cuando me hallaba en mitad del camino, noté que era demasiado grande, o más de lo que yo había creído. Sin perder tiempo, volví grupa en medio de mi arranque, y caí en la misma orilla que acababa de dejar para tornar más distancia. Pero me engañé también esta vez y caí en el lago, en que me hundí hasta el cuello. Allí habría perecido infaliblemente, si con la fuerza de mi propio brazo no hubiera tirado de mi coleta, sacándome a mí y a mi caballo, al que estrechaba fuertemente entre mis piernas.

V. Cautiverio del barón

A pesar de todo mi valor, a pesar de la rapidez y destreza de mi caballo, no siempre me llevé la victoria en la guerra contra los turcos; hasta tuve la desgracia de caer prisionero de ellos, y lo que es más triste aún, aunque sea una costumbre entre aquellas gentes non sancta, de ser vendido como esclavo.

Reducido a este estado de humillación, hacía un trabajo menos duro que singular, menos denigrante que insoportable. Estaba encargado de llevar todas las mañanas al campo las abejas del sultán, guardarlas todo el día y traerlas a su colmena al anochecer.

Una tarde me faltó una abeja; pero noté al punto que había sido atacada por dos osos que pretendían despanzurrarla para sacarle la miel. No teniendo a mano otra arma que el hacha de plata, que es el signo distintivo de los jardineros y labradores del sultán, se la arrojé a los rapaces osos con el fin de espantarlos.

Conseguí efectivamente libertar a la pobre abeja; pero el impulso dado al hacha por mi brazo fue tan violento, por mal de mis pecados, que el signo de plata de mi dichosa jurisdicción se elevó tan alto en los aires, que fue a caer nada menos que en la Luna. ¿Cómo recobrar el hacha? ¿Dónde hallar una escala para subir por ella?

Recordé entonces que el guisante de Turquía crece rápidamente a una altura extraordinaria, y planté inmediatamente uno que comenzó a crecer desde luego y fue a enroscar el extremo de su tallo a uno de los mismos cuernos de la Luna.

Trepé ligeramente hacia el astro, al cual llegué sin tropiezo ni estorbo. Pero no fue pequeño el trabajo de buscar mi hacha de plata allí donde todos los objetos son igualmente de plata.

Por fin la encontré sobre un haz de paja. Entonces pensé en la vuelta. Pero ¡oh desesperación! El calor del sol había marchitado el tallo de mi

guisante, de tal manera, que no podía intentar descender por la misma vía sin arriesgarme a romperme la crisma.

¿Qué hacer en semejante apuro?

Trencé con la paja una cuerda de toda la extensión que pude darle; la até por un extremo a un cuerno de la Luna y me deslicé cuerda abajo. Me sostenía con la mano derecha y tenía el hacha con la izquierda. Llegado que hube en mi descenso al extremo de la cuerda, corté la porción superior y la anudé al extremo inferior, y repitiendo muchas veces la misma operación, acabé, después de algún tiempo, por distinguir, por debajo de mí, el campo del sultán.

Podía estar entonces a una distancia de dos leguas de la Tierra, allá en las nubes, cuando la cuerda se rompió y caí tan rudamente al suelo que me quedé casi aturdido. Mi cuerpo, cuyo peso había aumentado en razón de la distancia y celeridad, hizo en tierra un hoyo de diez pies de profundidad,, lo menos. Pero la necesidad es buena consejera; y con mis uñas de cuarenta años me labré unas escaleras, pudiendo de esta manera volver a la luz del día.

Aleccionado por esta experiencia, hallé mejor medio de desembarazarme de los osos, enemigos de mis abejas y colmenas. Untaba de miel la lanza de una carreta, y me ponía en acecho, no lejos de allí, durante la noche.

Un oso enorme, atraído por el olor de la miel, llegó y se puso a lamer tan ávidamente el extremo de la lanza, que acabó por introducirse toda en las fauces, en el estómago y en las entrañas.

Cuando estuvo bien pasada, acudí rápidamente, metí una gran clavija en el agujero que horadaba la punta de la lanza, y cortando así la retirada al goloso, lo dejé en esta posición hasta el día siguiente por la mañana. El sultán, que fue a pasearse por las cercanías, se desternillaba de risa viendo la mala partida que le había jugado al oso.

Poco tiempo después, ajustaron los rusos la paz con los turcos, y fui enviado a San Petersburgo con buen número de prisioneros de guerra.

Tomé allí mi licencia y salí de Rusia en el momento de aquella gran revolución que estalló hace unos cuarenta años, y de cuyas resultas el emperador, niño de pecho todavía, con su madre y su padre, el duque de

Brunswick, el general Munich y tantos otros fueron desterrados a Siberia.

Hizo aquel año tal frío en toda Europa, que hasta al mismo Sol le salieron sabañones, cuyas señales se ven aún en su cara. Con esto, hube de sufrir yo mucho más a mi vuelta de Rusia que a mi ida al imperio moscovita.

Habiéndose quedado en Turquía mi lituano, tuve necesidad de viajar en posta. Y sucedió que habiéndonos metido en un camino hondo y limitado por altos setos, previne al postillón que hiciera una señal con su cuerno a fin de evitar que otro carruaje se metiera también en el callejón del camino por el lado opuesto.

El postillón obedeció, o mejor dicho, quiso obedecer, soplando con todas sus fuerzas el cuerno; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: no pudo sacar una nota; lo que, en primer lugar, era incomprendible, y luego muy embarazoso, como quiera que no tardamos en ver venir hacia nosotros un carruaje que ocupaba toda la anchura del camino.

Al momento salté a tierra y comencé por desenganchar los caballos; después tomé a cuestras el carruaje con sus cuatro ruedas y todo el equipaje y salté con esta carga al campo por encima de la rampa y del seto de la orilla, que no tenía menos de nueve pies, lo que no era una bagatela; y de un segundo salto, volví a poner la silla de postas en el camino más allá del otro coche.

Hecho esto volví hacia los caballos, tomé uno bajo cada brazo y los transporté por el mismo procedimiento adonde estaba la silla; después de lo cual enganchamos otra vez y continuamos sin contratiempo nuestro viaje hasta el parador inmediato.

Se me olvidaba decir que uno de mis caballos, muy joven y fogoso, por poco no me causa mucho daño, pues en el momento en que salvaba yo por la segunda vez el seto se puso a forcejear con las patas de tal modo, que me hallé un momento muy embarazado; pero enseguida le impedí que continuara en semejante ejercicio metiéndole las patas traseras en los bolsillos de mi casaca.

Llegado que hubimos al parador, colgó el postillón su cuerno en un clavo de la chimenea y nosotros nos sentamos a la mesa.

Ahora bien, escuchad lo que sucedió: ¡Taratá! ¡Taratá! ¡Tata! ¡Tata!

Era el cuerno que se puso a tocar solo.

Nosotros nos quedamos con la boca abierta, preguntándonos qué diablos significaba aquello.

He aquí la explicación: Imaginaos que las notas se habían helado en el cuerno, y que desheliéndose poco a poco por el calor, iban saliendo claras y sonoras en honor del postillón, porque el interesante instrumento nos dio música por espacio de media hora sin necesidad de que nadie le soplara.

Primero nos tocó la Marcha prusiana; después, Sin amor y sin vino; luego, Cuando estoy triste, y Anoche Miguel, y otras muchas tonadas populares, entre ellas la balada Todo reposa en los bosques.

Esta aventura fue la última de mi viaje a Rusia.

Tienen muchos viajeros la costumbre, al narrar sus aventuras, de tirar de largo contando más de lo que han visto. No es, pues, extraño que los lectores sean desconfiados y propensos a la incredulidad.

Sin embargo, si hubiera en la honorable reunión alguien que dudara de la veracidad de lo que afirmo, sintiendo por mi parte esa falta de confianza, le aconsejo que lo mejor que puede hacer es retirarse antes de que comience la narración de mis aventuras por mar, que son más extraordinarias todavía, bien que no menos auténticas.

VI. Primera aventura por mar

El primer viaje que hice en mi vida poco tiempo antes del de Rusia, cuyos episodios principales os acabo de contar, fue un viaje por mar.

Estaba aún en pleito con los gansos, como solía repetirme mi tío, el mayor, y no se sabía aún exactamente si el vello blanco rubio que cubría mi barbilla sería grama o barba, cuando ya eran los viajes mi única poesía y mi aspiración única.

Mi padre había pasado la mayor parte de su juventud viajando, y amenizaba las largas veladas de invierno con la verídica narración de sus numerosas aventuras.

Así pues, puede atribuirse mi afición tanto a propensión natural, como a la influencia del ejemplo paterno.

En resumen, aprovechaba todas las ocasiones que a mi parecer podían suministrarme los medios de satisfacer mi insaciable deseo de correr mundo; pero todos mis esfuerzos eran vanos.

Si por casualidad lograba inclinar un tanto la voluntad de mi padre, mi madre y mi tía forzaban entonces la resistencia con más obcecación, y enseguida perdía las ventajas que con tanto trabajo había adquirido.

En fin, quiso la casualidad que uno de mis parientes maternos fuera a hacernos una visita.

Muy en breve fui yo su favorito: decíame con frecuencia que era yo un alegre y gallardo mozo, y que estaba en ánimo de hacer todo lo posible para ayudarme a realizar mis anhelos.

En efecto, su elocuencia fue más persuasiva que la mía, y después de un cambio de exposiciones, réplicas y objeciones, hubo de decidirse, a satisfacción mía, que lo acompañara a Ceilán, donde su tío había sido gobernador por espacio de muchos años.

Partimos de Amsterdam encargados de una importante misión de los Altos Poderes de los Estados de Holanda, y nuestro viaje no ofreció nada de particular, a excepción de una tremenda tempestad a la que debo consagrar algunas palabras en razón de las singulares consecuencias que trajo.

Vino a estallar precisamente en el momento en que estábamos anclados delante de una isla para hacer aguada y leña, y se desencadenó con tal y tanta fuerza, que arrancó y levantó por los aires gran número de árboles; y aunque algunos de ellos pesaran centenares de quintales, la prodigiosa altura a que habían sido elevados los hacía parecer tan pequeños como las aristas que flotan en el aire.

Sin embargo, cuando la tempestad cedió, todos los árboles cayeron en su respectivo y propio sitio y echaron al punto nuevas raíces; de manera que no quedó la menor huella de los estragos causados por los elementos. Sólo el mayor de estos árboles fue una excepción; porque en el momento de ser desarraigado por la violencia de la tempestad, estaban ocupados un hombre y su mujer en coger pepinos, pues en aquella parte del mundo echan los árboles este excelente fruto. El matrimonio hizo su viaje aéreo tan pacientemente como el carnero de Blanchard ; pero con su peso modificó la dirección del árbol, que cayó horizontalmente en el suelo.

Ahora bien, el cacique de la isla había abandonado su vivienda, como la mayor parte de sus súbditos, temiendo ser sepultado bajo las ruinas de su palacio. Luego que pasó el huracán volvía a su casa, pasando por su jardín, cuando cayó el árbol precisamente en aquel momento y por fortuna lo aplastó.

—¿Por fortuna decís?

—Sí, por fortuna, digo; porque el cacique aquel, salvo vuestro respeto, era un abominable tirano, y los habitantes de la isla, sin exceptuar sus validos y mancebas, eran por su causa las criaturas más infelices que pudiera haber bajo la capa del cielo. Grandes cantidades de provisiones se pudrían en sus almacenes y graneros, y entretanto el pueblo, de quien las había sacado con mil extorsiones y atropellos, se moría literalmente de hambre.

Su isla no tenía nada que temer del extranjero; a pesar de ello, echaba mano de todos los jóvenes para hacerlos héroes según la ordenanza, y de

vez en cuando vendía su colección al vecino que más le ofrecía, para añadir nuevos millones de conchas a los que había heredado de su padre. Se nos dijo que había traído aquel procedimiento inaudito de un viaje que había hecho al norte; aserción que, a pesar de todo nuestro patriotismo, no quisimos refutar, aunque entre aquellos insulares, un viaje al norte pudiera significar así un viaje a las Canarias, como una excursión a Groenlandia; pero teníamos muchas razones para no insistir sobre este punto.

En reconocimiento del gran servicio que aquellos recolectores de pepinos habían prestado a sus compatriotas, se les ensalzó al trono vacante por muerte del cacique. En su viaje por los aires, aquellas pobres gentes debieron llegar tan cerca de la luz del mundo que habían perdido la luz de sus ojos y una porción no pequeña de su luz interior; a pesar de ello, reinaron tan laudablemente que, como supimos más tarde, nadie comía pepinos sin antes exclamar: «Dios salve a nuestros caciques.»

Después de haber reparado nuestro buque, que no sufrió pocas averías en la pasada tempestad, nos despedimos de los nuevos soberanos y nos hicimos a la vela con viento fresco, arribando a Ceilán al cabo de unas seis semanas.

Quince días, poco más o menos, después de nuestro arribo, el hijo mayor del gobernador me propuso ir de caza con él, propuesta que yo acepté de muy buena voluntad. Mi amigo era alto y recio en proporción, y con esto fuerte y avezado al calor del clima; pero yo no tardé mucho en sentirme fatigado, aunque no hubiera hecho gran ejercicio, y me encontré a su espalda rezagado, cuando llegamos al bosque.

Para tomar algún reposo, me disponía a sentarme a orillas de un río, que hacía algún tiempo venía llamando mi atención, cuando se oyó un gran ruido detrás de mí. Volví me súbitamente y quedé como petrificado viendo un descomunal león que se dirigía hacia mí, dándome a entender que deseaba almorzármeme sin pedirme siquiera la venia.

Mi escopeta estaba cargada con perdigones, y yo no tenía ya ni tiempo ni presencia de ánimo para reflexionar largamente; resolví, pues, hacer fuego a la fiera, si no para herirla para espantarla al menos.

Pero en el momento de apuntarle, adivinó sin duda el animal mis malas intenciones, se puso furioso y se lanzó contra mí.

Por instinto, más que por reflexión, procuré entonces una cosa imposible, esto es, huir.

Vuélvome con tal propósito, y... ¡todavía me estremezco sólo al recordarlo! Vuélvome y veo a algunos pasos delante de mí un monstruoso cocodrilo que abría ya sus formidables mandíbulas para devorarme.

Imaginaos, pues, el horror de mi situación: por detrás, el león; por delante, el cocodrilo; a la izquierda un río rápido; a la derecha un precipicio, frecuentado, como supe después, por serpientes venenosas.

Aturdido, estupefacto ante tan horroroso como inminente peligro, caí en tierra; y el mismo Hércules, con su maza y todo, hubiera hecho lo mismo.

El único pensamiento que ocupaba ya mi espíritu fue esperar el terrible momento en que sentiría la presión de los dientes del león furioso, o de las mandíbulas del cocodrilo. Pero al cabo de algunos segundos oí un violento y extraño ruido, aunque yo no sintiera ningún dolor.

Levanto furtivamente la cabeza y veo con grata sorpresa que, impelido el león por el mismo arranque con que se había lanzado hacia mí, había penetrado de suyo y sin poderse refrenar en las abiertas fauces del cocodrilo, y en vano se esforzaba por sacar la cabeza de aquella dentada sima.

Levánteme entonces sin perder tiempo, tiré de mi cimitarra y de un tajo le corté al león la cabeza, cuyo cuerpo vino rodando a mis pies. Luego, con la culata de mi escopeta hundí cuanto pude su cabeza en el tragadero del cocodrilo, el cual no tardó mucho en morir atragantado.

Algunos instantes después de esta famosa victoria sobre tan terribles enemigos, llegó mi compañero de caza, alarmado por mi ausencia. Al ver los humeantes despojos de mi combate, me felicitó calurosamente, envidiando mis laureles. Medimos después el cocodrilo y resultó que medía cuarenta pies de París... y siete pulgadas, para mayor exactitud.

Cuando contamos tan extraordinaria aventura al gobernador, envió un carro con suficiente número de hombres a buscar los monstruosos animales. Un peletero del lugar me hizo con la piel del león cierto número de bolsas de tabaco, de que distribuí parte a mis amigos de Ceilán, y de las que me quedaron, regalé después a los burgomaestres de Amsterdam,

que quisieron que aceptara a cambio un obsequio de mil ducados.

La piel del cocodrilo fue empajada, según el método ordinario, y figura hoy día con honor en el Museo de Amsterdam, cuyo conserje cuenta mi vida y milagros a los visitantes. Debo advertir, sin embargo, que el buen hombre añade muchos pormenores de su propia invención, que ofenden gravemente la verdad y la verosimilitud.

Dice, por ejemplo, que el león se corrió a toda la longitud del cuerpo del cocodrilo, y que en el momento de salir por la parte opuesta a la de su entrada, el ilustrísimo barón, según tiene la costumbre de llamarme, le cortó la cabeza, cortando a la vez tres pies de cola del fiero cocodrilo.

El cocodrilo, añade el chusco del conserje, profundamente humillado por esta mutilación, se retorció, arrancó la cimitarra de manos del barón, y se la tragó con tal y tanto ahínco, que la hizo pasar por mitad del corazón y murió instantáneamente.

No hay para qué decir, señores, cuánto afecta mi modestia la impudente y gárrula elocuencia del dichoso conserje del Museo de Amsterdam.

En el siglo de escepticismo en que vivimos, las gentes que no me conocen podrían ser inducidas, en virtud de tan groseras mentiras, a poner en duda la verdad de mis aventuras reales y positivas, como hechos estrictamente históricos, cosa que ofende gravemente a un hombre de honor.

VII. Segunda aventura por mar

El año de 1776 me embarqué en Portsmouth para América del Norte, a bordo de un buque de guerra inglés de primer orden, que llevaba nada menos que cien cañones y mil cuatrocientos hombres de tripulación.

Podría referiros aquí diferentes aventuras que hube de correr en Inglaterra; pero las reservo para mejor ocasión. Hay una, sin embargo, que merece este honor, y voy, con vuestro permiso, a referirla.

Tuve una vez el gusto de ver pasar al rey, que iba con gran pompa al parlamento en su coche de gala. El pescante iba ocupado por un monstruoso cochero, en cuya barba se hallaban muy artísticamente recortadas las armas de Inglaterra, y con su fusta describía en el aire del modo más inteligible el signo que se ve en la lámina.

En nuestra travesía no nos sucedió nada extraordinario. El primer incidente ocurrió a unas trescientas millas del río San Lorenzo, donde nuestro buque chocó violentamente con algo que nos pareció una roca.

Sin embargo, cuando echamos la sonda no hallamos fondo a quinientas brazas. Lo que hacía más extraordinario e incomprensible este accidente, fue haber perdido el timón con la violencia del choque; el bauprés se había partido en dos, los palos se habían hendido en toda su longitud y dos de ellos habían caído sobre cubierta. Un pobre marinero que estaba ocupado en los aparejos tomando rizados a la vela mayor fue impelido a más de tres leguas del buque antes de caer al agua.

Afortunadamente, durante este trayecto tuvo la serenidad de coger al vuelo la cola de una grulla, lo que no sólo disminuyó la rapidez de su caída, sino que también le permitió nadar hasta el barco agarrándose al cuello de la grulla.

El choque había sido tan violento, que toda la tripulación, que se hallaba sobre cubierta, fue lanzada contra el castillo de proa. Yo salí con la cabeza hundida entre los hombros, y hubieron de pasar muchos meses antes de

que volviera a su posición natural.

Todos nos hallábamos en un estado de estupor y espanto difícil de describir, cuando la aparición de una enorme ballena que dormitaba sobre la superficie del océano vino a darnos la explicación de este acontecimiento. El monstruo había llevado a mal sin duda que nuestro buque chocara con él, y se puso a dar tremendos coletazos sobre nuestras costillas, o sean las del barco; en su cólera, tomó en la boca el ancla mayor, que estaba, según costumbre, suspendida en la popa, y se la llevó, remolcando nuestro barco a distancia de sesenta millas, a razón de seis por hora.

Y dios sabe adonde diablos hubiéramos ido a parar, si por ventura no se hubiera roto el cable de nuestra ancla, perdiendo así la ballena nuestro buque, y nuestro buque su ancla.

Cuando muchos meses después volvimos a Europa, encontramos casi a la misma altura a la misma ballena, que flotaba, ya muerta, y medía cerca de media milla de longitud.

No podíamos tomar a bordo sino una pequeña parte de aquel formidable cetáceo; y al efecto echamos al agua nuestros botes y a duras penas conseguimos cortarle la cabeza.

Entonces tuvimos la satisfacción de encontrar en ella, no ya sólo nuestra ancla, sino también cuatro toesas de cable, que se habían alojado en el hueco de un diente de su mandíbula izquierda inferior.

Éste fue el único suceso interesante que ocurrió a nuestro regreso...

Pero no; se me olvidaba uno que por poco nos es fatal a todos.

Cuando en nuestro primer viaje fuimos arrastrados por la dichosa ballena, comenzó nuestro buque a hacer agua en tanta abundancia, que todas nuestras bombas no hubieran impedido que se fuera a pique en media hora.

Por fortuna fui yo el primero que se apercibió de la avería, cuyo agujero no

tenía menos de un pie de diámetro. Sin perder tiempo, procuré tapanlo por todos los medios conocidos; pero en vano. Por fin, logré salvar el buque, y con él a su numerosa tripulación, apelando a un recurso por demás ingenioso. Sin perder tiempo en quitarme los calzones, me senté intrépidamente en el agujero. Si la abertura hubiera sido más amplia, habría logrado también cegarla; no lo extrañaréis cuando os diga que, por línea paterna y materna, descendo de familias holandesas, o al menos westfalianas. Verdaderamente, mi posición en aquel asiento era bastante húmeda, mas pronto me sacó de ella la solicitud del carpintero.

VIII. Tercera aventura por mar

Un día estuve en gran peligro de perecer en el Mediterráneo. Bañábame una hermosa tarde de verano no lejos de Marsella, cuando vi un gran pez que flotaba rápidamente hacia mí con tamaña boca abierta. Imposible era salvarme, pues no tenía medios, ni siquiera tiempo.

Sin vacilar, me reduje a mi menor expresión, esto es, me hice un ovillo, doblando todos mis miembros contra mi cuerpo, doblado también; y en aquella forma me deslicé entre las mandíbulas del monstruo hasta su mismo tragadero.

Ya allí, me encontré en la mayor oscuridad y en un calor que no me era desagradable. Mi presencia en su gástrico lo molestaba singularmente, y estoy por decir que de muy buena voluntad se hubiera desembarazado de tan indigesta merienda; para serle aún más incómodo, me puse a andar, a brincar, a bailar, a hacer, en fin, mil locuras en mi prisión. La giga escocesa, entre otras danzas, le era, al parecer, muy desagradable. Daba gritos lastimeros y se ponía a veces derecho, echando medio cuerpo fuera del agua.

En este ejercicio fue sorprendido por un barco italiano que le arrojó el arpón y dio cuenta de él en muy pocos minutos.

Luego que lo subieron a bordo oí a la tripulación que se concertaba sobre la manera de despedazarlo para sacar de él la mayor cantidad posible de aceite; y como entendía yo el italiano, entré naturalmente en cuidado, temiendo ser despedazado con el cetáceo.

Para ponerme a salvo, huyendo del corte de sus cuchillos, fui a situarme en el centro del estómago, donde podían estar desahogadamente hasta una docena de hombres; suponía que los marineros comenzarían su obra por los extremos; pero me equivoqué, aunque no en mi daño, porque comenzaron por el vientre.

Cuando vi una vislumbre, me puse a gritar a voz en cuello diciendo cuan

grato me era ver a aquellos bravos marineros y por ellos ser liberado de un cautiverio donde ni podía ya respirar.

No acertaría a describir el asombro de que se sintieron poseídos, cuando oyeron salir de las entrañas del monstruo una voz humana; y todavía subió de punto el asombro cuando vieron aparecer en el abierto vientre del pez a un hombre completamente desnudo.

En resumen, contéles la aventura, tal como os la he contado a vosotros, mis queridos lectores, y aunque compadeciéndose de mí, se desternillaron de risa.

Después de tomar un refrigerio, me eché al agua para lavarme, que bien lo necesitaba, y nadé hacia la playa, donde encontré mi ropa como la había dejado.

Si no me engaño en mi cálculo, estuve encerrado en el cuerpo del cetáceo unos tres cuartos de hora.

IX. Cuarta aventura por mar

Cuando estaba aún al servicio de Turquía, me solazaba a menudo paseándome en mi yate de recreo por el mar de Mármara, donde se goza de una admirable vista de Constantinopla y del serallo del Gran Señor.

Una mañana que contemplaba extasiado la belleza y serenidad de aquel cielo, vi flotar en el aire un objeto redondo del tamaño, poco más o menos, de una bola de billar, de que al parecer pendía alguna cosa.

Tomé al punto la mejor y más larga de mis carabinas, sin las cuales no salgo ni viajo nunca: la cargué con bala y tiré sobre el objeto redondo, pero no le di. Eché entonces doble carga, y no estuve más acertado. Finalmente, al tercer tiro, le envié cuatro o cinco balas que le hicieron un agujero en el costado y comenzó a bajar.

Figuraos mi asombro cuando vi caer a unas dos toesas de mi yate una especie de carrete dorado, suspendido de un enorme globo más voluminoso que una cúpula de catedral. En el carrete había un hombre con medio carnero asado.

Vuelto de mi primera sorpresa formo con mis marineros un círculo alrededor de grupo tan singular.

El hombre, que me pareció francés, y lo era efectivamente, llevaba en el bolsillo de su jubón un par de hermosos relojes con dijes y zarandajas. De cada uno de sus ojales pendía una medalla de oro de cien ducados lo menos, en todos sus dedos brillaban preciosas sortijas guarnecidas de diamantes, y el oro que rebosaba en sus bolsillos hacía casi arrastrar los faldones de su casaca.

—¡Pardiez! —exclamé en mis adentros—. Este hombre ha de haber prestado extraordinarios servicios a la humanidad para que, en medio de la codicia que reina, le hayan hecho regalos tan preciosos los grandes personajes.

La rapidez de la caída lo había aturdido de tal manera, que hubo de pasar algún tiempo antes de que pudiera hablar.

Repúsose al fin y refirió lo siguiente: «Yo no he tenido, es verdad, bastante ingenio ni ciencia para inventar esta manera de viajar; pero he sido el primero a quien se le ha ocurrido la idea de servirse de tan prodigioso invento para humillar a los titiriteros y bailarines ordinarios subiendo más alto que todos ellos.

»Hace siete u ocho días (no lo sé exactamente, porque he perdido la noción del tiempo), hice una ascensión a la punta de Cornualles, en Inglaterra, llevando un carnero, a fin de lanzarlo desde arriba para divertir a los espectadores. Por desgracia, varió el viento diez minutos después de mi partida, y en vez de llevarme hacia la parte de Exeter, donde proyectaba descender, me impelió hacia el mar, por encima del que he flotado mucho tiempo a una altura inconmensurable.

«Entonces me alegré de no haber precipitado el carnero, porque al tercer día me vi obligado por el hambre a matar al pobre animal.

Como había superado hacía mucho tiempo la Luna, y al cabo de setenta horas había llegado tan cerca del Sol que se me quemaron las pestañas, puse el carnero, previamente desollado, donde el sol daba con más fuerza, y en unos tres cuartos de hora quedó completamente asado: de él he vivido durante mi viaje aéreo.

»La causa de mi larga expedición debe atribuirse a la rotura de una cuerda que se comunicaba con una válvula situada en la parte inferior del globo y estaba destinada a desahogar el aparato, cuando fuera necesario, dejando escapar el aire inflamable.

»Si no hubierais disparado contra el globo, o no lo hubierais agujereado, habría podido permanecer, como Mahoma, suspendido entre cielo y tierra hasta el día del juicio final.»

El buen hombre regaló generosamente su barquilla a mi piloto, que no había abandonado el timón, y tiró a la mar los restos del carnero.

En cuanto al globo, ya estropeado por mis balas, se había acabado de romper a la caída.

X. Quinta aventura por mar

Puesto que tenemos tiempo, señores, de vaciar todavía una botella de vino fresco, voy a referiros una historia singular que me sucedió pocos meses antes de mi regreso a Europa.

El Gran Señor, a quien había sido presentado por los embajadores de sus majestades los emperadores de Rusia y de Austria, como también por el del rey de Francia, me envió a El Cairo a una misión de la más alta importancia, que debía cumplir con el mayor sigilo.

En el camino tuve ocasión de aumentar el número de mis criados con algunos individuos muy interesantes. Hallándome a algunas millas apenas de Constantinopla, vi a un hombre alto y delgado que corría en línea recta por en medio de los campos con extremada rapidez, aunque llevaba atada a cada pie una masa de plomo que pesaba lo menos cincuenta libras.

Lleno de sorpresa, lo llamé y le dije: —¿Adonde vas tan de prisa, amigo, y por qué te embarazas los pies con ese peso?

—He salido, hace media hora, de Viena, donde era criado de un gran personaje que me ha despedido —me contestó—. No teniendo ya necesidad de mi rapidez, la modero por medio de este peso, porque la moderación favorece la duración, como solía decir mi preceptor.

Este mozo me agradaba mucho, y le pregunté si quería entrar a mi servicio.

Sin vacilación alguna aceptó mi propuesta, y con esto nos pusimos en camino, y pasando por muchas ciudades, recorrimos no pocos países.

Andando, vi luego, no muy desviado, un hombre tendido e inmóvil sobre la yerba.

Hubiérase dicho que estaba durmiendo; pero no era así, ciertamente, pues tenía aplicado el oído al suelo, como si hubiera querido oír hablar a los habitantes del mundo subterráneo.

—¿Qué escuchas ahí, amigo mío? —le grité—.

—Estoy oyendo crecer la yerba, por matar el tiempo —me contestó—.

—¿Y la oyes, en efecto, crecer?

—¡Oh! Sin duda.

—Entra, pues, a mi servicio, amigo ¿quién sabe lo que te puede valer un oído tan fino?

El hombre se levantó y me siguió.

No lejos de allí, vi en lo alto de un otero a un cazador que se echó su escopeta a la cara y disparó al cielo.

—¡Buena suerte! ¡Buena suerte, cazador! —le grité—. Pero ¿a qué diablos tiras? Yo no veo más que el cielo.

—¡Oh! —contestó—, pruebo esta carabina, que procede de Huchenreicher, de Ratisbona.

Había allá en la veleta de la catedral de Estrasburgo un gorrión, que acabo de derribar.

Los que conozcan mi pasión por los nobles placeres de la caza, no extrañarán que les diga que le di un abrazo muy estrecho al tirador.

Después no omití medio para atraerlo a mi servicio; no hay para qué decirlo.

Continuamos nuestro camino, y llegamos por fin al monte Líbano, donde encontramos, junto a un gran bosque de cedros, un hombre bajo y rechoncho, tirando de una cuerda que daba vuelta a todo el bosque.

—¿De qué estás ahí tirando, amigo mío? —pregunté al zafio—.

—Había venido a cortar madera de construcción —me contestó sencillamente—, y habiéndome dejado en casa el hacha, procuro suplir la falta lo mejor que puedo.

Y diciendo esto, dio un solo tirón y echó abajo todo el bosque, cuya extensión era de una milla cuadrada, como si los cedros hubieran sido

rosales.

Fácilmente adivinaréis lo que hice; y más bien hubiera sacrificado mi sueldo de embajador, que dejar que se me escapara aquel mozo.

Al poner los pies en territorio egipcio, se desencadenó un huracán tan formidable que temí un momento ser barrido con mis caballos, criados y equipaje. A la izquierda del camino había una hilera de siete molinos cuyas aspas giraban tan velozmente como el torno de la más activa hilandera. No lejos de allí había un personaje de una corpulencia digna de John Falstaff , y el cual tenía apoyado el índice en la ventana derecha de su nariz. Cuando vio nuestro apuro en la lucha que sosteníamos con el huracán, se volvió hacia nosotros y se quitó respetuosamente el sombrero a la manera de un mosquetero ante su coronel.

El viento cesó como por encanto y los siete molinos quedaron inmóviles.

En gran manera sorprendido ante un fenómeno que no me parecía natural, díjele al hombre: —¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Tienes los diablos en el cuerpo o eres tú el mismo diablo?

—Perdonadme, excelentísimo señor —me contestó—; hago un poco de viento para mi amo el molinero, y temiendo que los molinos trabajaran con demasiada fuerza, me he tapado una ventana de la nariz.

—¡Pardiez! —exclamé para mí—. He aquí un precioso recurso. Este hombre te servirá a las mil maravillas, cuando de regreso a tu casa te falte aliento para referir las extraordinarias aventuras que has corrido en este viaje.

Muy pronto nos entendimos, y el famoso soplador abandonó los molinos y me siguió igualmente.

Tiempo era ya de llegar a El Cairo. Luego que hube desempeñado mi misión, según mis deseos, resolví deshacerme de mi séquito, ya inútil, salvo mis recientes adquisiciones, y volverme sólo con estas últimas, como caballero particular.

Como el tiempo era magnífico y el Nilo más admirable de lo que puede decirse, tuve el capricho de alquilar una barca y subir hasta Alejandría.

Todo fue a pedir de boca hasta mediado el tercer día.

Sin duda habéis oído hablar de las inundaciones anuales del Nilo. El tercer día, como acabo de deciros, comenzó el Nilo a crecer con extremada rapidez, y el día siguiente todo el campo estaba inundado en muchas millas de extensión. El quinto día, después de puesto el sol, se embarazó mi barca en algo que yo tomé por un cañaveral. Pero el día siguiente por la mañana nos encontramos rodeados de almendros cargados de fruto perfectamente maduro y excelente para comer. La sonda nos indicó sesenta pies de fondo; y no había medio de avanzar ni retroceder. A cosa de las ocho o las nueve, según pude juzgar por la altura del sol, sobrevino una ráfaga que volcó nuestra barca, y cargada de agua, la echó a pique inmediatamente.

Afortunadamente, ninguno de nosotros, que éramos ocho hombres y dos niños, pereció en el naufragio, agarrándonos a las ramas de los árboles, bastante fuertes para sostenernos, aunque no para soportar el peso de nuestra barca.

En esta situación permanecimos tres días, viviendo exclusivamente de almendras: no hay que decir que teníamos en abundancia con qué apagar la sed.

Veintitrés días después de este accidente, comenzó el agua a decrecer con la misma rapidez con que había crecido y el veintiséis pudimos poner el pie en tierra.

El primer objeto que se ofreció a nuestra vista fue nuestra barca, la cual yacía a unas cien toesas del sitio en que se hundiera. Después de haber secado al sol nuestros objetos, tomamos de las provisiones de la barca lo que nos era necesario, y nos pusimos en marcha para seguir nuestro camino.

Según los cálculos más exactos nos habíamos desviado de nuestra dirección más de cincuenta millas. Al cabo de siete días llegamos al río, que había entrado ya en su lecho, y contamos nuestra aventura a un buey, que proveyó a todas nuestras necesidades con la mayor solicitud, poniendo su propia barca a nuestra disposición.

Seis jornadas de viaje nos llevaron a Alejandría, donde nos embarcamos para Constantinopla. Allí fui recibido con los brazos abiertos por el Gran Señor, y tuve el gusto de ver el harén, adonde el mismo sultán me

condujo, llevando su generosidad hasta el extremo de permitirme que eligiera todas las mujeres que quisiera, sin exceptuar sus propias favoritas.

No teniendo costumbre de vanagloriarme de mis aventuras amorosas, termino aquí mi narración, deseándonos a todos una buena noche.

XI. Sexta aventura por mar

Tras terminar la narración de su viaje a Egipto, se dispuso el barón a irse a acostar, precisamente en el momento en que la atención, ligeramente fatigada, de su auditorio, se despertaba a la palabra harén. Bien se hubiera querido tener pormenores de esta parte de sus aventuras, pero el barón fue inflexible.

Sin embargo, para satisfacer a la porfiada insistencia de sus amigos, consintió en referirles algunos rasgos de sus singulares criados, y continuó en estos términos: Desde mi vuelta a Egipto, estaba yo en la mayor confianza con el Gran Turco, hasta el punto de que su Sublime Majestad no podía vivir sin mí, teniéndome todos los días convidado a comer y a cenar.

Debo confesar que el emperador de los turcos es, entre todos los potentados del mundo, el que se da mejor trato, a lo menos en cuanto a comer, pues en de beber, ya sabéis que Mahoma prohíbe el vino a los fieles.

No hay, pues, que esperar, cuando se come en casa de un turco, beber ni siquiera un trago del licor divino; pero por no practicarse a ojos vistas, no es menos frecuente en secreto lo de empinar el codo; pues mal que pese a Mahoma y al incomunicable Allah, más de un turco entiende tanto como un prelado alemán en esto de destripar botellas. En este número podía contarse al sultán.

A estas comidas, a que asistía ordinariamente el capellán mayor de palacio, esto es, el ruffí in partem salutarii, que recitaba el Benedicite y las gracias al principio y al fin de la comida, no se veía en la mesa ni una gota de vino; pero cuando nos levantábamos de la mesa, ya esperaba al sultán un buen frasco de lo mejor en su gabinete privado.

Una vez tuvo el Gran Señor la dignación de hacerme una seña para que lo siguiera; y dándome yo por entendido, seguí sin demora sus huellas.

Luego que estuvimos a puerta cerrada, sacó de un armario una botella y me dijo: —Münchhausen, sé que vosotros los cristianos sois muy competentes en vinos: he aquí una botella de tokay, única que poseo; pero estoy seguro de que en tu vida has probado cosa mejor ni parecida.

Y en diciendo esto, llenó su vaso y el mío y los apuramos.

—¿Qué tal, amigo mío? —me preguntó sonriendo—. Es superfino ¿eh?

—Es bueno —le contesté—, pero con permiso de vuestra Sublime Majestad, que he bebido vinos mejores que éste en Viena, a la mesa del augusto emperador Carlos VI. ¡Oh! ¡Si vuestra Majestad probara aquellos vinos!...

—Mi querido Münchhausen —replicó el sultán—, no quiero desmentirte; pero no creo posible encontrar ya mejor tokay; me regaló esta única botella, como cosa inestimable, un señor húngaro que lo entendía.

—Se vanaglorió el tal húngaro, señor. Así como así, no fue tampoco muy generoso.

—Esto último sí es verdad; pero...

—Y lo otro también. ¿Qué apostáis a que dentro de una hora os procuro yo una botella de tokay auténtico de la bodega imperial de Viena y con otra figura muy diferente de ésta?

—Creo que deliras, Münchhausen —Nada de eso, señor. Dentro de una hora os traeré una botella de tokay, de la bodega del emperador de Austria, y con otro número diferente.

—¡Ah! ¡Münchhausen! Sin duda quieres chancearte de mí, y esto me desagrada. Siempre te he tenido por hombre serio y veraz, pero ahora estoy por creer que me he engañado.

—Enhorabuena, señor. Aceptad la apuesta y entonces veremos. Si no cumplo mi promesa, y bien sabéis que soy enemigo jurado de los habladores, ordenad sin contemplación ninguna que me corten la cabeza. Y mi cabeza, señor, no es una calabaza.

—Acepto, pues, la apuesta —dijo el sultán—. Si al punto de las cuatro no está aquí la botella que me has prometido, mandaré que te corten la

cabeza sin misericordia, porque no gusto de dejarme burlar ni aun por mis mejores amigos. Al contrario, si cumples tu promesa, podrás tomar de mi imperial tesoro todo el oro, plata y piedras —Eso es hablar en plata.

—Y en oro y pedrería.

Pedí recado de escribir y dirigí a la emperatriz María Teresa la carta siguiente: «Vuestra majestad tiene, sin duda, como heredera universal del imperio, la bodega de su ilustre padre. Me tomo la libertad de suplicaros tengáis la bondad de entregar al portador de ésta una botella de aquel tokay de que tantas veces bebí con vuestro augusto padre. Pero que sea del mejor, porque se trata de una apuesta en que expongo la cabeza.

«Aprovecho esta ocasión para asegurar a Vuestra Majestad el profundo respeto con que tengo el honor de ser, etc., etc.

»BARÓN DE MÜNCHHAUSEN.»

Como eran ya las tres y cinco minutos, entregué la carta sin cerrar a mi andarín, el cual se desató los pies y se disparó inmediatamente hacia la capital de Austria.

Hecho esto, el Gran Turco y yo seguimos destripando la botella, mientras llegaba la de María Teresa.

Dieron las tres y cuarto... las tres y media... las cuatro menos cuarto... ¡Y el andarín sin volver!...

Confieso que comenzaba ya a sentirme mal, tanto más cuanto que el Gran Turco dirigía de vez en cuando los ojos al cordón de la campanilla para llamar al verdugo.

Tan mal me sentía ya, que el mismo Gran Turco me dio permiso para que bajara al jardín a tomar el aire, aunque acompañado de dos mudos que no me perdían de vista.

Eran las tres y cincuenta y cinco minutos.

Mi angustia era mortal, como podéis suponer.

Sin perder tiempo envié a llamar a mi escucha y a mi tirador, los cuales no se hicieron esperar.

El escucha se tendió en tierra y aplicó el oído para observar si venía o no mi andarín; y con gran despecho mío anunció que el pícaro del corredor se hallaba muy lejos de allí durmiendo a pierna suelta.

Apenas oyó esto mi tirador, cuando corrió a un elevado terrazo y poniéndose de puntillas para ver mejor, exclamó: —¡Por vida mía! Bien veo al perezoso: está tendido al pie de una encina, en los alrededores de Belgrado, con la botella al lado. Pero voy a hacerle cosquillas para que se despierte.

Y diciendo esto, se echó la carabina a la cara y envió la carga al follaje del árbol. Una granizada de bellotas, hojas y ramas cayó sobre el perezoso durmiente.

Despertóse éste, en efecto, y temiendo haber dormido demasiado, siguió su carrera con tal precipitación y rapidez que llegó al gabinete del sultán con la botella de tokay y una carta autógrafa de María Teresa, a las tres y cincuenta y nueve minutos y medio.

Tomando con ansiedad la botella, el Gran Señor probó su contenido con voluptuosa fruición.

—Münchhausen —me dijo—, no llevarás a mal que conserve esta botella para mí solo. Tú tienes en Viena más crédito que yo, y puedes fácilmente obtener otra cuando la deseas.

Con esto encerró la botella en su armario, se guardó la llave en el bolsillo y llamó a su tesorero. ¡Oh dicha!

—Es preciso —repuso—, que pague yo ahora mi deuda, puesto que he perdido la apuesta.

Escucha —dijo a su tesorero—, deja a mi amigo Münchhausen tomar de mi tesoro tanto oro, perlas y piedras preciosas como el hombre más fuerte pueda llevar encima.

El tesorero se inclinó tan profundamente que tocó al suelo con los cuernos de la media luna que adornaba su turbante, en señal de acatamiento a la orden de su amo y señor, el cual me estrechó cordialmente la mano y nos despidió a los dos.

Ya supondréis que no tardé un instante en hacer ejecutar la orden que el sultán había dado en mi favor. Al propósito envié a llamar a mi hombre fuerte, el cual acudió sin demora con su cuerda de cáñamo, y los dos fuimos al imperial tesoro.

Os aseguro que, cuando salí de él con mi hercúleo criado, no quedaba allí gran cosa.

Sin perder momento corrí con mi precioso botín al puerto, donde fleté el barco de más porte que pude hallar, y con la misma prisa hice zarpar, a fin de poner a buen recaudo mi tesoro antes de que sobreviniera algún contratiempo.

Y no sin previsión lo hice, pues no dejó de suceder lo que temía.

En efecto, viendo el tesorero el despojo hecho por mí, aunque autorizado por el Gran Señor, sin cerrar siquiera la puerta, pues había ya poco o nada que guardar, fue apresuradamente a dar cuenta al sultán de la manera como yo había abusado de su liberalidad.

El sultán se quedó estupefacto, y luego hasta se arrepintió de su precipitación.

Para corregirla recobrando lo perdido, ordenó a su gran almirante perseguirme con toda su armada y hacerme comprender que no debía entenderse así la apuesta.

Dos millas apenas llevaba yo de delantera, y cuando vi la flota de guerra turca venirse sobre mí a velas desplegadas, confieso que volví a sentir mal segura mi cabeza. Pero allí estaba mi soplador.

—No tenga vuestra excelencia ningún cuidado por tan poco —me dijo—.

Y se situó en la popa del barco de manera que una ventana de su nariz se dirigía a la flota turca, y la otra a nuestras velas. Después se puso a soplar con tal y tanta fuerza, que fue rechazada la flota al puerto con grandes averías, mientras mi barco alcanzó en pocas horas las costas de Italia.

Por lo demás, no saqué el mayor provecho de mi tesoro, como quiera que, a pesar de las afirmaciones contrarias del bibliotecario Jagemann de Weimar, la mendicidad es tan grande en Italia y la policía tan abandonada, que tuve que distribuir en limosnas la mayor parte de mi hacienda.

Los salteadores de caminos, no en menor número que los mendigos, se encargaron de distribuirse el resto de mi tesoro en las cercanías de Roma, jurisdicción de Loreto.

Estos pícaros no tuvieron ningún escrúpulo en desvalijarme así, sabiendo como sabían que la milésima parte de lo que me robaron, bastaba para comprar en Roma una indulgencia plenaria para toda la cuadrilla, sus hijos y sus nietos.

Pero he aquí, señores, la hora en que tengo la costumbre de acostarme. Así pues, buenas noches.

XII. Séptima aventura por mar

Narraciones auténticas de un camarada que tomó la palabra en ausencia del barón

Después de haber referido la aventura que precede, se retiró el barón de Münchhausen dejando a la sociedad de buen humor. Al salir, prometió dar en la primera ocasión noticia de las aventuras de su padre, con otras anécdotas a cuál más maravillosas.

Cada cual hacía sus comentarios sobre las narraciones del barón. Una de las personas de la tertulia, que lo había acompañado a Turquía, refirió que había no lejos de Constantinopla una enorme pieza de artillería de que hace mención en sus Memorias el barón Tott.

He aquí, poco más o menos, lo que dijo, si no me es infiel la memoria: Habían colocado los turcos un cañón en la ciudadela, no lejos de la ciudad, a la orilla del célebre río Simois. Era un formidable cañón de bronce, cuya ánima calzaba proyectiles de mil cien libras de peso, por lo menos. Tenía yo gran deseo de disparar este monstruoso cañón, para juzgar sus efectos. Todo el ejército temblaba a la idea de un acto tan audaz, pues se tenía por cierto que la conmoción derrumbaría la ciudadela y la ciudad entera.

Sin embargo, obtuve el permiso que había solicitado. Se necesitaron nada menos que trescientas treinta libras de pólvora para cargar la pieza, y la bala que se le echó pesaba, como he indicado más arriba, mil cien libras.

Al acercar el artillero la mecha al oído del monstruo, los curiosos que me rodeaban se retiraron a respetuosa distancia y me vi negro para persuadir al bajá, que asistía al experimento, de que no había nada que temer. El mismo artillero, que a una señal mía debía aplicar la mecha, estaba extremadamente pálido y temblón. Yo me puse en un reducto y di la señal, y al mismo tiempo sentí un sacudimiento igual al que produce un terremoto. A unas trescientas toesas estalló el proyectil en tres fragmentos, que volaron por encima del estrecho, impulsaron las aguas a

la orilla y cubrieron de espuma el canal en toda su longitud.

Tales son, señores, si mi memoria me sirve bien, los pormenores que da el barón de Tott sobre el mayor cañón que ha habido en el mundo.

Cuando visité yo este país con el barón de Münchhausen, la historia del barón Tott era aún citada como un ejemplo inaudito de valor y serenidad.

Mi protector, que no podía llevar en calma que un francés hubiera hecho más que él, tomó el cañón al hombro, y después de ponerlo en equilibrio, saltó derecho a la mar y fue nadando con él hasta la orilla opuesta del canal.

Por desgracia, tuvo la mala idea de lanzar el cañón a la ciudadela por restituirlo a su lugar; digo por desgracia, porque en el momento de balancearlo como quien tirara a la barra, se le deslizó de la mano y cayó al canal, donde yace todavía y probablemente yacerá hasta el día del juicio final.

Este asunto fue el que indispuso al barón con el sultán. La historia del tesoro estaba ya olvidada, como quiera que el Gran Turco tenía bastantes rentas para llenar de nuevo sus arcas, y por invitación directa de él se hallaba otra vez en Turquía el barón. Allí estaría aún probablemente, si la pérdida de aquella enorme pieza de artillería no hubiera enojado al sultán hasta el punto de mandar que le cortaran la cabeza al barón.

Pero cierta sultana que tenía a mi amo en gran estima, le avisó esta sanguinaria resolución; más aún, lo tuvo oculto en su aposento, mientras el funcionario encargado de ejecutarlo lo buscaba por todas partes.

Bajo tan alta protección, la noche siguiente huimos a bordo de un barco que se de hacía a la vela para Venecia, y escapamos así dichosamente de tan inminente y terrible peligro.

El barón no gusta de recordar esta historia, porque esta vez no logró realizar lo que se había propuesto y también porque estuvo en riesgo de dejar la piel en la empresa.

Sin embargo, como no es en manera alguna ofensiva a su honor, tengo yo el gusto de contarla en cuanto él vuelve la espalda.

Ahora, señores, conocéis a fondo al barón Münchhausen, y creo que no

tendréis ninguna duda sobre su veracidad; pero a fin de que no podáis dudar tampoco de la mía, es menester que os diga en pocas palabras quién soy yo.

Mi padre era originario de Berna, en Suiza, donde ejercía el empleo de inspector de calles, callejuelas, avenidas y puentes: estas funciones dan en esta ciudad el título... el título de barrendero.

Mi madre, natural de las montañas de Saboya, llevaba en el cuello una papera de un tamaño y belleza verdaderamente notables, lo que no es raro en las mujeres de aquel país. Desde muy joven abandonó a sus padres, y su buena estrella la llevó a la ciudad donde mi padre había nacido.

Anduvo algún tiempo vagabunda, y teniendo mi padre la misma afición natural, se encontraron un día en la casa de corrección.

Enamoráronse de buenas a primeras y luego se casaron. Pero esta unión no fue muy dichosa que digamos: mi padre no tardó mucho en separarse de mi madre, asignándole por toda pensión de alimentos la renta de una tienda de ropa vieja que le echó a la espalda.

La buena mujer se agregó luego a una compañía ambulante que hacía títeres con muñecos, hasta que la fortuna acabó por conducirla a Roma, donde se puso a vender ostras.

Sin duda habréis oído hablar del papa Ganganelli, conocido por el hombre de Clemente XIV, y sabréis cuánta afición tenía a las ostras. Un viernes que iba con gran solemnidad a decir misa a San Pedro, vio las ostras de mi madre, que eran, según me dijo muchas veces ella misma, hermosas y frescas, y no pudo menos de detenerse a probarlas.

Con esto, hizo detenerse a las quinientas personas que lo seguían y avisó a las que esperaban en la iglesia que no podía decir misa aquella mañana.

Bajó, pues, del caballo, porque los papas van a caballo en las solemnes ocasiones, entró en la tienda de mi madre y se comió todas las ostras que tenía dispuestas; pero como tenía más en el almacén, Su Santidad hizo entrar a su séquito, el cual acabó de agotar la provisión.

El papa y los suyos permanecieron allí hasta la noche, y antes de salir,

colmaron de indulgencias a mi madre para todas sus culpas pasadas, presentes y futuras.

Ahora, señores, me permitiréis no explicaros más claramente lo que tengo yo de común con esta historia de ostras: creo que me habréis comprendido bien para saber a qué ateneros sobre mi nacimiento.

XIII. Reanuda el barón de Münchhausen su narración

Corno puede suponerse, los amigos del barón no dejaban de suplicarle que continuara la narración, tan instructiva como interesante, de sus singulares aventuras; pero estas súplicas fueron inútiles por algún tiempo. El barón tenía la loable costumbre de no hacer nada sino a su capricho, y la más loable todavía de no dejarse desviar, por ningún pretexto, de este principio bien establecido.

Por fin llegó la noche tan deseada, y una carcajada del barón anunció a sus amigos que había venido la inspiración y que iba a satisfacer a sus deseos e instancias.

«Conticuere omnes, intentique ora tenebant»

O hablando más claro, todos guardaron silencio y pusieron atento oído a su palabra.

Y levantándose sobre el bien mullido sofá Münchhausen, semejante a Eneas, comenzó a hablar en los términos siguientes: Durante el último sitio de Gibraltar, me embarqué en una flota mandada por Lord Rodney, destinada a abastecer esta plaza.

Quería yo hacer una visita a mi antiguo amigo, el general Elliot, que ganó en la defensa de esta fortaleza laureles que no podrá marchitar el tiempo.

Después de haber dado algunos instantes a las primeras expansiones de la amistad, recorrí la fortaleza con el general a fin de reconocer los trabajos y disposiciones del enemigo.

Había llevado yo de Londres un excelente telescopio, comprado en casa de Dollond.

Con ayuda de este instrumento descubrí que el enemigo apuntaba al bastión donde nos hallábamos, una pieza de a 36. Se lo dije al general,

que verificó el hecho y vio que no me había engañado.

Con su permiso, me hice traer una pieza de a 48, que había en la batería inmediata, y la apunté con tal exactitud, que estaba seguro de dar en el blanco, pues en lo tocante a artillería, puedo enorgullecerme de no haber encontrado aún quien se me ponga delante.

Observé entonces con la mayor atención los movimientos de los artilleros enemigos, y en el momento de aplicar la mecha a su pieza, hice yo la señal a los nuestros para que hicieran fuego.

Las dos balas se encontraron a la mitad de su trayecto y chocaron con tan terrible violencia, que se produjo el más sorprendente efecto.

La bala enemiga volvió atrás tan rápidamente, que no sólo se llevó la cabeza del artillero que la había disparado, sino que decapitó también a dieciséis soldados más que huían hacia la costa de África.

Antes de llegar al país de Berbería rompió los palos mayores de tres grandes buques que había en el puerto, anclados en línea recta, penetró doscientas millas inglesas en el interior del país, derribó el techo de una cabaña de campesinos, y después de haberle arrancado a una pobre vieja que allí dormía el único diente que le quedaba, se detuvo al fin en su tragadero. Su marido, que entró poco después, procuró sacarle el proyectil, y no pudiendo conseguirlo tuvo la feliz idea de hundírselo a golpe de mazo en el estómago, de donde salió algún tiempo después por el conducto natural.

Y no fue éste el único servicio que nos prestó la bala, pues no se contentó con rechazar de la manera que hemos visto la del enemigo, sino que continuando su camino, arrancó de su cureña la pieza apuntada contra nosotros y la arrojó con tal violencia contra el casco de un buque, que este último comenzó a hacer agua y se fue muy pronto al fondo con un millar de marineros e igual número de soldados de marina que en él había.

Fue éste, a no dudar, un hecho extraordinario; no quiero, sin embargo, atribuírmelo a mí solo: cierto que el honor de la idea primera pertenece a mi sagacidad, pero la casualidad me secundó en cierta proporción. Así pues, hecho ya el tiro, me apercibí de que el cañón había recibido doble carga de pólvora; y de aquí el maravilloso efecto producido por nuestra bala en la del enemigo y el alcance extraordinario del proyectil.

El general Elliot, para recompensarme de tan señalado servicio, me ofreció un despacho de oficial, que no quise aceptar, contentándome con los cumplimientos que me hizo aquella misma noche después de comer a su mesa, en presencia de todo su estado mayor.

Siendo yo muy aficionado a los ingleses, que son en verdad muy bravos, se me metió en la cabeza no abandonar aquella plaza sin haber prestado otro buen servicio a sus defensores, y tres semanas más tarde se me presentó una ocasión oportuna.

En efecto, me disfracé de sacerdote católico, salí de la fortaleza a cosa de la una de la madrugada y logré penetrar en el campo enemigo por en medio de sus líneas. Después penetré en la tienda en que el conde de Artois había reunido a los jefes de cuerpo y gran número de oficiales para comunicarles el plan de ataque de la fortaleza, a la cual quería dar el asalto el día siguiente. Mi disfraz me protegió tan bien, que nadie pensó en rechazarme y pude así oír tranquilamente todo cuanto se dijo.

Terminado el consejo, se retiraron todos a acostarse, y pude observar que todo el ejército, hasta los centinelas, estaban entregados al más profundo sueño.

Sin perder tiempo puse mano a la obra, y desmonté todos los cañones, que eran más de trescientos, desde las piezas de 48 hasta las de 24, y fui arrojándolas al mar y a distancia de unas tres millas.

Como no tenía nadie que me ayudara, puedo asegurar que es el trabajo más penoso que en toda mi vida he hecho, salvo el que se os ha dado a conocer en mi ausencia; quiero aludir al enorme cañón turco descrito por el barón Tott y con el cual crucé a nado el canal.

Terminado este trabajo, reuní todas las cureñas y cajas y demás enseres de artillería en medio del campo, y temiendo que el ruido de las ruedas despertara a los sitiadores, los fui llevando yo bonitamente bajo el brazo. Todo esto hizo un montón tan elevado, lo menos, como el mismo peñón de Gibraltar.

Entonces tomé un fragmento de una pieza de hierro de a 48 y tuve al punto fuego chocándolo contra un muro, resto de una construcción árabe y que estaba enterrada a veinte pies, lo menos, de profundidad: encendí una

mecha y di fuego al montón. Olvidábaseme decir que había puesto encima del montón todas las municiones de guerra.

Como había tenido cuidado de colocar abajo las materias más combustibles, las llamas se lanzaron enseguida arriba con pasmosa voracidad; y para desviar de mí toda sospecha, yo fui el primero que dio la alarma.

Como podéis suponer, todo el campamento enemigo se llenó de asombro; y se supuso que el ejército sitiado había hecho una salida y degollado los centinelas, habiendo podido así destruir tan fácilmente la artillería.

M. Drinckwater, en la memoria que hizo de este tan memorable sitio, habla de una gran pérdida sufrida por el enemigo a consecuencia de un incendio; pero no supo a qué atribuir su causa. Esto, por lo demás, no le era tampoco posible, porque aunque yo solo hubiera salvado a Gibraltar aquella noche, no le hice a nadie la confidencia, ni aun siquiera al general Elliot.

El conde de Artois, sobrecogido de terror, huyó con todos los suyos, y sin detenerse en el camino, llegó de un tirón a París. El espanto que les había causado este desastre fue tal, que no pudieron comer en tres meses, y vivieron simplemente de aire a la manera de los camaleones.

Unos dos meses después de haber prestado tan señalado servicio a los sitiados, me hallaba yo un día almorzando con el general Elliot, cuando de repente penetró una bomba en la estancia y cayó sobre la mesa. No había tenido yo el tiempo necesario para enviar los morteros del enemigo a donde envié sus cañones.

El general hizo lo que cualquiera hubiera hecho en semejante caso, y fue salir inmediatamente de la estancia. Yo cogí la bomba antes de que estallara y la llevé a la cima del peñón.

Desde aquel observatorio, descubrí en la costa brava, no lejos del campo enemigo, una gran reunión de gente; pero no podía distinguir a simple vista lo que hacían. Tomé mi telescopio y reconocí que el enemigo se disponía a ahorcar como espías a un general y un coronel de los nuestros que se habían introducido en el campamento para servir mejor la causa de Inglaterra.

La distancia era demasiado grande para que fuera posible lanzar a mano la bomba. Por fortuna recordé que tenía en el bolsillo la honda de que se sirvió David tan ventajosamente contra el gigante Goliat, y poniendo en ella la bomba la proyecté en medio del gentío. Al caer en tierra, estalló y mató a todos los circunstantes excepto los dos oficiales ingleses que, por dicha de ellos, estaban ya colgados: un casco de la bomba dio contra el pie de la horca y la hizo caer al suelo.

En cuanto nuestros dos amigos pisaron tierra firme, procuraron explicarse tan singular acontecimiento; y viendo a los soldados, verdugos y curiosos ocupados en morirse, se desembarazaron recíprocamente del incómodo corbatín que les apretaba el cuello, saltaron a una barca española y se hicieron conducir a nuestros buques de guerra.

Algunos minutos después, cuando me disponía yo a contar al general Elliot lo sucedido, llegaron ellos muy oportunamente, y después de un cordial cambio de cumplimientos y explicaciones, celebramos tan memorable jornada con la mayor alegría.

Todos, al parecer, deseáis saber cómo poseo yo un tesoro tan precioso como la honda de que acabo de hablaros. Pues bien, voy a satisfacer vuestro deseo. Yo desciendo, como acaso no ignoráis, de la mujer de Urías, la cual tuvo, como sabéis muy bien, relaciones muy íntimas con el rey David.

Pero andando el tiempo sucedió lo que sucede con frecuencia, que Su Majestad se enfrió singularmente con la condesa (porque hubo de recibir ella este título tres meses después de la muerte de su esposo). Un día se trabaron de palabras sobre una cuestión de la más alta importancia, que era saber en qué parte del mundo fue construida el arca de Noé y en qué otra hubo de parar después del diluvio. Mi abuelo tenía la pretensión de pasar por un gran anticuario, y la condesa era presidenta de una sociedad histórica; él tenía la debilidad, común a la mayor parte de los grandes, y de los pequeños también, de no sufrir contradicción; y ella el defecto común a su sexo de querer tener razón en todo. De aquí se siguió la separación.

Había ella oído hablar con frecuencia de esta honda como del objeto más precioso, y creyó conveniente llevársela consigo con pretexto de poseer un recuerdo de él. Pero antes de que mi abuela hubiese pasado la frontera se echó de ver la desaparición de la honda y se enviaron seis hombres de la guardia real con el objeto de detenerla.

Perseguida la condesa, ésta se sirvió tan bien de la honda, que derribó a uno de los soldados que, más celoso que los otros, se había adelantado al frente de sus compañeros, precisamente en el mismo lugar en que Goliat fue herido por David.

Viendo los guardias del rey caer muerto a su camarada, deliberaron, y resolvieron con la mayor prudencia que lo mejor de todo era volver atrás a dar cuenta al rey de lo que pasaba.

La condesa, por su parte, juzgó prudente, a su vez, continuar su viaje hacia Egipto, en cuya corte contaba con numerosos amigos.

Habría debido decirnos antes que de los muchos hijos que había tenido de Su Majestad, se había llevado consigo a su destierro a su predilecto. Habiendo dado a este hijo la fertilidad de Egipto muchos hermanos, la condesa le dejó, por una disposición particular de su testamento, la famosa honda; y de él ha venido a mí en línea recta.

El ascendiente mío que poseía esta honda y vivía hace unos doscientos cincuenta años, hizo, en un viaje a Inglaterra, conocimiento con un poeta que era nada menos que plagiarlo y un incorregible cazador matutero: llamábase Shakespeare. Este poeta, en cuyas tierras, por derecho de reciprocidad, sin duda, cazan hoy con el mismo permiso ingleses y alemanes, tomó prestada muchas veces esta honda a mi padre, y mató tanta caza en tierras de Sir Thomas Lucy, que por poco no corre la misma suerte que mis dos amigos de Gibraltar. El pobre hombre fue reducido a prisión, y mi abuelo hizo que lo pusieran en libertad por un particular procedimiento.

La reina Isabel, que reinaba a la sazón, había llegado al fin de sus días a aborrecer la vida.

Vestirse y desnudarse, comer y beber, en fin, muchas otras funciones que no enumeraré, la hacían la vida verdaderamente insoportable.

Mi abuelo la puso en estado de hacer todo esto, según su capricho, por sí misma o por poderes.

¿Y qué creéis que pidió mi padre en recompensa de tan señalado servicio?

Solamente la libertad de Shakespeare.

La reina no le pudo hacer que aceptara nada más. Aquel excelente hombre le había tomado al poeta un cariño tan íntimo y cordial, que de grado hubiera dado parte de su vida por prolongar la de su amigo.

Por lo demás, puedo aseguráros, señores, que el método practicado por la reina Isabel, de vivir sin comer, no obtuvo ningún éxito para con sus súbditos, al menos para con aquellos famélicos glotones, a quienes se dio el nombre de comedores de bueyes . Ni ella resistió más de siete años y medio, al cabo de los cuales murió de inanición.

Mi padre, de quien yo heredé la honda, poco tiempo antes de mi partida para Gibraltar me refirió lo que sus amigos le oyeron contar más de una vez y cuya veracidad no pondrá en duda ninguno de los que conocieron al digno anciano.

«En uno de mis viajes a Inglaterra —me decía—, me paseaba una vez a la orilla de la mar, no lejos de Harwich, cuando de repente se lanzó a mí un caballo marino. No tenía yo para defenderme más que mi honda, con la cual le envié dos piedras tan hábilmente dirigidas, que le vacié los dos ojos; le salté entonces encima, y acabalgado en él lo guié hacia la mar, porque al perder los ojos había perdido también toda su ferocidad, y se dejaba conducir como un cordero. Púsele la honda a manera de bridas y lo lancé al galope.

»En menos de tres horas llegamos a la orilla opuesta, habiendo hecho en tan breve espacio treinta millas de camino.

»En Helvoetsluys vendí mi cabalgadura por setecientos ducados al huésped de las Tres copas, que, exhibiendo tan extraordinario animal por dinero, hizo un bonito negocio.

(Puede verse la descripción en Buffon.)

»Pero por singular que fuera este modo de viajar —añadía mi padre—, las observaciones y descubrimientos que me permitió hacer son aún más extraordinarios.

»El animal en que iba montado no nadaba, sino que corría con pasmosa rapidez por el fondo de la mar, espantando millones de peces en todo diferentes de los que solemos ver.

Unos tenían la cabeza en medio del cuerpo; otros al extremo de la cola; algunos estaban ordenados en círculo y cantaban coros de belleza indecible; muchos construían con la misma agua edificios transparentes, rodeados de columnas gigantescas en que ondulaba una materia fluida y resplandeciente como la más pura llama.

»Los aposentos de estos edificios ofrecían todas las comodidades apetecibles para los peces de distinción: algunas de sus habitaciones estaban dispuestas y habilitadas para la conservación de la freza, y muchas otras espaciosas estancias estaban destinadas a la educación de los peces jóvenes. El método de enseñanza, según pude yo juzgar por mis propios ojos, porque las palabras eran tan ininteligibles para mí como el canto de los pájaros o de los grillos, presenta a mi parecer tantas relaciones con el empleado en nuestro tiempo en los establecimientos filantrópicos, que estoy persuadido que alguno de esos teóricos ha hecho un viaje análogo al mío y pescado sus ideas en el agua más bien que en el aire.

»Por lo demás, de lo que acabo de deciros podéis deducir que todavía queda al mundo un vastísimo campo abierto a la explotación y al estudio. Pero vuelvo a mi narración.

«Entre otros incidentes de viaje, pasé por una inmensa cadena de montañas tan elevadas, por lo menos, como los Alpes. Una multitud de gigantescos árboles de variadas esencias se agarraban a los flancos de las rocas. En estos árboles crecían langostas, cangrejos, ostras, almejas, caracoles, tan monstruosos algunos, que uno solo de ellos hubiera bastado para la carga de un carro y el más pequeño hubiera podido aplastar a un mozo de cordel.

»Todos los ejemplares de esta especie que vienen a nuestras costas y se venden en nuestros mercados no son sino miseria que el agua arranca de las ramas, como el viento hace caer de los árboles la fruta menuda. Los árboles de langostas me parecieron los mejor provistos, pero los de cangrejos y ostras los más corpulentos. Los caracoles de mar subían a unos matorrales que se hallan casi siempre al pie de los árboles de cangrejos y los envuelven como hace la yedra con la encina.

»Observé también el singular fenómeno producido por un buque naufrago. A lo que me pareció, había chocado con una roca cuya punta estaba

apenas a tres toesas por debajo del agua, y yéndose a fondo se había dormido sobre un árbol de langostas. A su caída había arrancado algunos frutos que fueron a caer a un árbol de cangrejos que había más abajo.

Como esto pasaba en primavera y las langostas eran jóvenes, se unieron a los cangrejos, de donde vino a resultar un fruto que participaba de las dos especies. Por la rareza del hecho hubiera querido yo coger un ejemplar; pero su peso me hubiera embarazado mucho, y después de todo, mi Pegaso no quería detenerse.

«Estaba, poco más o menos, a la mitad del camino y me hallaba en un valle situado a quinientas toesas, lo menos, por debajo de la superficie del mar; allí comencé a sentir la falta de aire. Fuera de esto mi posición estaba muy lejos de ser agradable bajo muchos otros conceptos.

»Efectivamente, encontraba de vez en cuando grandes peces, que a lo que podía juzgar por la abertura de sus bocas, no parecían sino muy dispuestos a tragarnos a los dos juntos. Mi pobre Rocinante estaba ciego y sólo debí a mi prudencia burlar las hostiles intenciones de aquellos hambrientos señores. Continué, pues, galopando a fin de ponerme cuanto antes en seco.

«Llegado que hube cerca de las costas de Holanda, y no teniendo ya más que unas veinte toesas de agua encima, creí vislumbrar, tendida en la arena, una forma humana, que por su traje era un cuerpo de mujer. Parecióme que daba aún algunas señales de vida, y habiéndome acercado, la vi en efecto mover una mano. Cogí esta mano y saqué a la orilla aquel cuerpo en apariencia cadavérico.

«Aunque el arte de resucitar los muertos estuviera en aquella época menos adelantado que en la nuestra, en que se lee en cada puerta de hostería el anuncio de Socorros a los ahogados, los esfuerzos y remedios de un boticario del lugar pudieron reavivar la chispa vital que en aquella mujer quedaba.

»Era la amada mitad de un hombre que mandaba un barco que había salido del puerto de Helvoetzuys hacía poco tiempo. Por desgracia, en la precipitación de la partida embarcó a otra mujer por la suya. Ésta fue al punto avisada por algunas de esas vigilantes protectoras de la paz doméstica, que se llaman amigas íntimas; y creyendo que los derechos conyugales son tan sagrados y valederos en mar como en tierra, se lanzó

la pobre abandonada en persecución de su esposo, a bordo de una lancha.

«Cuando lo alcanzó, procuró en una breve, pero intraducible alocución, hacer triunfar sus derechos de una manera tan enérgica, que juzgó prudentemente el marido retroceder dos pasos. El resultado de esto fue que su huesosa mano, en vez de encontrar las orejas de su esposo, encontró el agua, y como esta superficie cedió con más facilidad que el otro, la pobre mujer no encontró sino en el fondo de la mar la resistencia que buscaba.

»En este crítico momento fue cuando mi buena o mala estrella hizo que me la encontrara y me proporcionó el placer de devolver a la tierra un matrimonio tan fiel como feliz.

«Fácilmente me represento las bendiciones que su marido debió echarme al encontrar, de vuelta de su viaje, a su cara esposa, salvada por mí.

»Por lo demás, por mala que fuera mi jugada para con el pobre hombre, mi corazón queda del todo inocente: yo obré por pura caridad, sin sospechar siquiera las malas consecuencias que mi buena acción debía arrastrar.»

Aquí solía acabarse la narración de mi padre, narración que me ha recordado la famosa honda de que os he hablado, y que después de haber sido conservada tanto tiempo en mi familia y haberle prestado tan señalados servicios, echó el resto en lo del caballo marino.

Pudo también servirme para enviar, como he referido, una bomba al campo de los españoles, salvando a dos amigos míos, ya casi ahorcados.

Pero ésta fue su última hazaña, pues se fue en gran parte con la misma bomba, y el pedazo que me quedó en la mano se conserva hoy en los archivos de nuestra familia al lado de gran número de preciosas antigüedades.

Poco tiempo después, salí de Gibraltar y volví a Inglaterra, donde corrí una de las más singulares aventuras de mi vida.

Había ido a Wapping a vigilar el embarque de varios objetos que enviaba a muchos amigos míos de Hamburgo. Terminada la operación, volví en el Tower Warf. Era mediodía y estaba yo muy fatigado, y para sustraerme al ardor del sol imaginé meterme en uno de los cañones de la torre, a fin de

tomar algún reposo, y apenas acostado me dormí profundamente.

Ahora bien, era precisamente el día primero de junio, cumpleaños del rey Jorge III, y a la una en punto todos los cañones debían hacer salvas para solemnizar la fiesta real. Se habían cargado por la mañana, y como nadie podía sospechar mi presencia en un cañón, fui lanzado por encima de las casas a la otra parte del río y caí en el corral de una alquería entre Benmondsey y Deptford. Pero fui a caer de cabeza en un montón de heno, donde quedé sin despertarme, lo que se explica por el aturdimiento del trayecto y de la caída.

Cerca de tres meses después hubo de subir el precio del heno tan considerablemente, que el propietario creyó ventajoso vender su provisión de paja. El montón en que yo me hallaba era el mayor de todos, y representaba quinientos quintales, cuando menos. Por él, pues, se comenzó. El ruido de los hombres que arrimaron sus escalas para subir a la cima, me despertó por fin; y todavía sumergido en un semisueño, y sin saber dónde estaba, quise huir y fui precisamente a caer sobre el mismo propietario.

En esta caída no me hice el más ligero rasguño; pero el infeliz propietario no pudo decir otro tanto, pues quedó desnucado en el acto bajo el peso de mi cuerpo.

Para tranquilidad de mi conciencia, supe después que el tal propietario era un infame judío, que acumulaba sus frutos y cereales en su granero hasta el momento en que la carestía le permitía venderlo con un lucro exorbitante; de modo que su muerte no fue sino un justo castigo de sus crímenes y un servicio prestado al bien público.

Pero ¿cuál no fue mi asombro, cuando al volver enteramente en mi acuerdo, procuré enlazar mis ideas presentes con las que me ocupaban al dormirme tres meses antes? ¿Cuál no fue la sorpresa de mis amigos de Londres al verme reaparecer, después de las infructuosas pesquisas que habían hecho para encontrarme? Fácilmente podéis imaginarlo.

Ahora, señores, bebamos un trago y luego os contaré un par de aventuras más.

XIV. Octava aventura por mar

Sin duda habréis oído hablar del último viaje de exploración hecho al polo norte por el capitán Phipps, hoy lord Mulgrave. Yo acompañaba al capitán, no como oficial, sino como amigo y aficionado.

Luego que hubimos llegado a un alto grado de latitud norte, tomé mi antejo, el cual os es ya conocido por la narración de mis aventuras en Gibraltar; porque, sea dicho de paso, creo que es conveniente, sobre todo de viaje, mirar de vez en cuando a ver lo que pasa alrededor.

A cosa de media milla por delante de nosotros flotaba un inmenso témpano, tan alto, por lo menos, como nuestro palo mayor, y sobre el cual vi dos osos blancos, que, a lo que pude juzgar, estaban empeñados en encarnizado combate.

Tomé mi escopeta y bajé al témpano; pero cuando hube subido a la cima, eché de ver que el camino que llevaba era por todo extremo difícil y peligroso. A cada paso tenía que saltar por encima de espantosos precipicios, y en otros puntos el hielo estaba tan lustroso y resbaladizo como un espejo; de modo que no hacía más que caer y levantarme.

Con todo, logré dar alcance a los osos, pero al mismo tiempo me convencí de que en vez de estar en pugna no estaban sino retozando, como buenos amigos.

Desde luego calculé el valor de sus pieles, pues no era ninguno de ellos menor que un bien cebado buey. Por desgracia, al echarme a la cara la escopeta, se me fue un pie y caí hacia atrás, perdiendo el conocimiento por la violencia del golpe por espacio de un cuarto de hora.

Figuraos el espanto que debió poseerme, cuando al volver en mi acuerdo observé que uno de los dos monstruos me había vuelto boca abajo y tenía ya entre sus dientes la pretina de mis calzones de piel. La parte superior de mi cuerpo descansaba sobre el pecho del animal y mis piernas colgaban por delante. Dios sabe adonde me hubiera llevado la horrible

fiera; pero no perdí mi presencia de ánimo. Saqué mi cuchillo, cogí la pata derecha del oso y le corté tres dedos. Dejóme entonces y se puso a aullar horriblemente. Sin perder tiempo, tomé mi escopeta y, haciéndole fuego en el momento de volverse para embestirme, lo tumbé sobre el hielo de un balazo.

El sanguinario monstruo dormía ya el sueño eterno, pero la detonación de mi arma había despertado muchos millones de compañeros suyos, que reposaban sobre el hielo en un radio de un cuarto de legua y todos corrieron contra mí apresuradamente.

No había que perder tiempo; mi muerte era segura si no se me ocurría una idea luminosa e inmediata. En menos tiempo que el que emplea un hábil cazador para desollar una liebre, despojé de su piel al oso muerto, me envolví en ella y metí mi cabeza debajo de la suya.

Apenas había terminado esta operación, cuando todos los osos se reunieron en torno a mí.

Confieso que sentía bajo mi funda terribles alternativas de frío y de calor.

Sin embargo, mi ardid produjo su efecto. Todos los osos vinieron, unos tras otros, a olfatearme, y al parecer me tomaron por uno de tantos: tenía yo, efectivamente, la apariencia de ellos; con algo más de corpulencia, la semejanza hubiera sido perfecta; aunque había entre ellos muchos osos jóvenes, que no representaban más respetos que yo.

Luego que nos hubieron olfateado bien a mí y al muerto, nos familiarizamos rápidamente; yo imitaba a las mil maravillas todos sus gestos y movimientos; aunque en lo de aullar y otros gorjeos por el estilo, debo confesar sin reparo que todos ellos eran más fuertes que yo.

Sin embargo, por más oso que pareciera, no dejaba de ser hombre, y con esto comencé a buscar el mejor medio de aprovecharme de la familiaridad que se había establecido entre nosotros.

Había oído decir en otro tiempo a un antiguo médico castrense, que una incisión hecha en la espina dorsal, causa instantáneamente la muerte; y resolví hacer el experimento en aquellas almas viles.

Volví a tomar mi cuchillo y herí con él en la nuca al mayor de los osos.

Convenid en que el golpe era atrevido y que tenía yo razón para no estar tranquilo. Si la fiera sobrevivía a la herida, mi muerte era segura e inmediata; no quedaba de mí ni una uña.

Por fortuna, el experimento me salió a pedir de boca: el oso cayó muerto a mis pies sin hacer un movimiento.

Con esto, tomé la heroica resolución de despacharlos a todos por el mismo procedimiento, lo cual no fue difícil, porque aunque vieran caer a derecha e izquierda a sus hermanos, no desconfiaban de nada los inocentes, como quiera que no pensaban ni en la causa ni en el resultado de la caída sucesiva de los desdichados. Y esto fue lo que me salvó.

Cuando los vi a todos tendidos a mi alrededor, me sentí tan orgulloso como el mismo Sansón después de la muerte de los filisteos.

En resumen, volví luego al buque, pedí las tres cuartas partes de la tripulación para que me ayudara en la inmensa tarea de desollar los millares de osos y llevar a bordo sus jamones.

Lo demás fue arrojado al agua, aunque salado hubiera hecho un alimento pasadero.

Cuando estuvimos de vuelta, envié en nombre del capitán algunos jamones a los lores del Almirantazgo y del Tesoro, al lord corregidor y al alcalde de Londres y a los clubs del comercio, distribuyendo los demás entre mis amigos. De todos recibí cumplidas gracias; y la City me devolvió el obsequio, invitándome a la comida anual que se celebra con motivo del nombramiento del lord corregidor.

Envié las pieles de los osos a la emperatriz de Rusia para pellizas de invierno de toda su corte, y Su Majestad Imperial me contestó en una carta autógrafa que me trajo un embajador extraordinario, y en que me rogaba fuera allá a compartir su corona.

Pero como yo no he tenido nunca afición a la soberanía, rechacé en los mejores términos el ofrecimiento de la emperatriz.

El embajador que me había traído el autógrafo, tenía orden de esperar mi contestación para llevarla a Su Majestad. Una segunda carta que recibí de la emperatriz me convenció de la elevación de su espíritu y de la violencia

de su pasión. Su última enfermedad, que la sorprendió en el momento en que, ¡pobre y tierna mujer!, departía con el conde Dolgoruki, no debe atribuirse sino a mi crueldad con ella.

No sé qué efecto produzco en las damas; pero debo decir que la emperatriz de Rusia no es la única de su sexo que desde lo alto de su trono me ha ofrecido su mano.

Se ha hecho correr el rumor de que el capitán Philipps no fue tan lejos en su expedición al polo Norte, como hubiera podido ir; y es mi deber salir en su defensa en este punto.

Nuestro barco estaba en buen camino de llegar al polo, cuando yo lo cargué de tal cantidad de pieles de oso y jamones, que hubiera sido una locura ir más lejos: no habiéramos podido navegar contra el más ligero viento contrario, ni menos contra los témpanos que embarazan el mar en aquellas latitudes.

El capitán declaró después muchas veces cuánto sentía no haber tomado parte en aquella gloriosa jornada, que él llamaba enfáticamente la jornada de las pieles de oso.

Él, la verdad, está celoso de mi gloria y procura por todos los medios oscurecerla. Sobre esto hemos reñido muchas veces, y hoy mismo no estamos muy bien avenidos. Pretende, por ejemplo, que no hay gran mérito en haber engañado a los osos metiéndose en la piel de uno de ellos, y que él se hubiera ido derecho al bulto sin piel ni disfraz ninguno, y no habría hecho menos carne.

Pero es un punto muy delicado éste para que un hombre que tiene pretensiones de buena educación se arriesgue a discutir con un noble par de Inglaterra.

XV. Novena aventura por mar

Hice otro viaje, de Inglaterra a las Indias Orientales, con el capitán Hamilton. Llevaba yo un perro de muestra, que valía, en la propia acepción de la palabra, todo el oro que pesaba, porque nunca me faltó. Un día en que, según los cálculos más fijos, nos hallábamos a trescientas millas, lo menos, de tierra, mi perro se quedó de muestra. Yo lo vi con asombro permanecer más de una hora en esta posición de acecho. Di conocimiento de esto al capitán y a los oficiales del buque, y les aseguré que debíamos hallarnos cerca de tierra, puesto que mi perro venteaba la caza. Todos ellos se echaron a reír; pero esto no me hizo modificar la buena opinión que de mi perro tenía.

Después de una discusión sobre el asunto, acabé por declarar francamente al capitán que tenía más confianza en la nariz de mi Trai que en los ojos de todos los marinos que allí iban, y aposté audazmente cien guineas, suma que llevaba para aquel viaje, que antes de media hora habíamos de encontrar caza.

El capitán, que era un excelente sujeto, se echó a reír otra vez y rogó a M. Crawford, nuestro médico, que me tomara el pulso. El hombre de ciencia obedeció al capitán y declaró que estaba en perfecta salud.

Pusiéronse entonces a hablar en voz baja; pero con todo logré coger al vuelo alguna palabra de su conversación.

—No está en sana razón —decía el capitán—, y no puedo honradamente aceptar su apuesta.

—Soy de parecer enteramente contrario —contestó el médico—, el barón está en su cabal juicio y tiene más confianza en el olfato de su perro que en la ciencia de los marinos; ni más ni menos. En todo caso, perderá y lo habrá merecido.

—No es noble, por mi parte, aceptar semejante apuesta —repitió el capitán—. Sin embargo, dejaré bien puesto mi honor devolviéndole su

dinero, después de habérselo ganado.

Trai no se había movido durante esta conversación, lo que confirmó aún más mi creencia.

Por segunda vez propuse la apuesta, y fue por último aceptada.

No bien se hubo aceptado la apuesta, cuando unos marineros que pescaban en un bote amarrado a la popa del barco cogieron un enorme perro marino, que subieron luego a bordo. Comenzaron a despedazarlo y le encontraron en el buche doce perdices vivas.

Los pobres pájaros habitaban allí hacía mucho tiempo, puesto que una de las perdices estaba en incubación de cinco huevos, de los cuales uno estaba para dar el pollo cuando se abrió el pez.

Criamos estos pollos con una carnada de gatos que habían nacido algunos minutos antes.

La gata los quería tanto como a sus hijos, y se sentía mal cuando alguno de los pollos se alejaba de ella y tardaba en volver.

Como en nuestra pesca había cuatro perdices que entraron en incubación a su vez, tuvimos caza en nuestra mesa todo el tiempo del viaje.

Para recompensar a mi Trai por las cien guineas que me había hecho ganar, le di todos los huesos de las perdices que nos comimos y de vez en cuando un pollo entero.

XVI. Décima aventura por mar

(Segundo viaje a la Luna)

Ya os he hablado, señores, de un viaje que hice a la Luna a buscar mi hacha de plata.

Después tuve ocasión de volver a ella, pero de una manera mucho más agradable, permaneciendo allí bastante tiempo para hacer varias observaciones, que voy a comunicaros tan exactamente como mi memoria me lo permita.

A uno de mis parientes lejanos se le metió en la cabeza que debía haber absolutamente en alguna parte un pueblo igual en tamaño al que Gulliver pretende haber hallado en el reino de Brobdingnag, y resolvió partir en busca de este pueblo, rogándome que lo acompañara.

Por mi parte, yo había considerado siempre que la narración de Gulliver no era sino un cuento de niños, y no creía más en la existencia de Brobdingnag que en la del El dorado; pero como este honorable pariente me había instituido su heredero universal, ya comprenderéis que le debía algunos miramientos.

Llegamos felizmente a los mares del Sur sin encontrar nada digno de mención, a no ser algunos hombres y mujeres volantes que danzaban el minué en los aires.

Dieciocho días después de haber pasado a Otaiti, se desencadenó un huracán que arrebató nuestro barco a cerca de mil leguas sobre el nivel del mar y nos mantuvo en esta posición durante mucho tiempo.

Por último, un viento favorable infló nuestras velas y nos llevó con rapidez extraordinaria.

Viajábamos hacía seis semanas por encima de las nubes, cuando descubrimos una vasta tierra, redonda y brillante, semejante a una espléndida isla. Entramos en un excelente puerto, saltamos a tierra y

encontramos el país habitado.

Alrededor, veíamos ciudades, árboles, montañas, ríos, lagos, de tal manera que creímos haber vuelto a la Tierra que habíamos dejado.

En la Luna, porque la Luna era la isla resplandeciente a que acabábamos de arribar, vimos grandes seres montados en buitres de tres cabezas. Para daros una idea de las dimensiones de estos pájaros, sólo os diré que la distancia de uno a otro extremo de las alas era seis veces mayor que la mayor de nuestras vergas. En vez de montar a caballo, como nosotros, los pobres habitantes de la Tierra, los de la Luna cabalgan en estos grandes pájaros.

Cuando nosotros llegamos, el rey de aquel país estaba en guerra con el Sol, y me ofreció un despacho de oficial; pero yo no acepté el honor que me ofrecía Su Majestad.

Todo en aquel mundo es extraordinariamente grande: una mosca ordinaria, por ejemplo, es casi tan grande como un carnero de los nuestros. Las armas usuales de los habitantes de la Luna son rábanos silvestres que manejan como jabalinas y dan muerte a los que alcanzan.

Cuando la estación de los rábanos ha pasado, emplean los espárragos con el mismo éxito.

Por escudos usan grandes hongos.

Vi también en aquel país algunos naturales de Sirio que habían ido allá a negocios propios; tienen cabezas de perros dogos y los ojos en la punta de la nariz, o más bien en la parte inferior de este apéndice. No tienen cejas; pero cuando quieren dormir, se cubren los ojos con la lengua; su estatura, por término medio, es de veinte pies; la de los habitantes de la Luna no baja nunca de treinta y seis.

El nombre que llevan estos últimos es singular: puede traducirse por seres cocedores, llamándose así porque preparan su comida al fuego, como nosotros.

Por lo demás, no consagran tiempo a sus comidas; tienen en el costado izquierdo una ventanilla, por donde introducen en el estómago el alimento; después cierran la ventana, hasta que pasado un mes repiten la

operación. No hacen, pues, más que doce comidas al año, combinación que todo hombre sobrio debe hallar superior a la usada entre nosotros.

Los goces del amor son completamente desconocidos en la Luna, porque así entre los seres racionales como entre los brutos, no hay más que un solo sexo. Todo nace en árboles que difieren al infinito unos de otros, según el fruto que producen. Los que producen seres racionales u hombres son mucho más bellos que los otros; tienen grandes ramas rectas y hojas de color de carne, consistiendo su fruto en nueces de cáscara durísima y de seis pies, lo menos, de longitud. Cuando se quiere sacar lo que hay dentro se echan en una gran caldera de agua hirviendo; ábrese entonces la cáscara y sale una criatura viva.

Antes de venir al mundo, ha recibido ya su espíritu un destino determinado por la naturaleza.

De una cáscara sale un soldado, de otra un filósofo, de otra un teólogo, de otra un jurisconsulto, de otra un agricultor, de otra un ganapán, y así sucesivamente, y cada uno se pone desde luego a practicar lo que conoce teóricamente. La dificultad consiste en juzgar con certeza lo que contiene la cáscara: en la época de mi estancia allá, afirmaba un sabio del país, que poseía este secreto.

Pero no se hacía caso de él, teniéndolo por loco.

Cuando los habitantes de la Luna llegan a viejos, no mueren como nosotros, sino que se disuelven en el aire y se desvanecen en humo.

No sienten la necesidad de beber, no estando sujetos a excreción ninguna. No tienen en cada mano más que un solo dedo, con el que lo hacen todo mejor que nosotros con nuestro pulgar y sus cuatro auxiliares.

Llevan la cabeza debajo del brazo derecho, y cuando van de viaje o tienen que ejecutar algún trabajo que exija mucho movimiento, suelen dejársela en casa, como quiera que pueden pedirle consejo a distancia.

Cuando los altos personajes de la Luna quieren saber lo que hacen las humildes gentes del pueblo, no tienen la mala costumbre de ir a buscarlas, sino que se quedan en casa corporalmente, enviando sólo la cabeza a la calle para ver de incógnito lo que pasa. Una vez recogidas las noticias que desean, vuelven al llamamiento del cuerpo a quien sirven.

Las pepitas de la uva lunar se parecen exactamente a nuestro granizo, y estoy firmemente convencido de que cuando una tempestad desgrana los racimos, caen sus pepitas en nuestro planeta formando lo que llamamos pedrisco. Hasta me siento inclinado a creer que esta observación debe ser conocida hace mucho tiempo por más de un cosechero de vino; al menos yo he bebido muchas veces vino que me ha parecido hecho con granizo, y cuyo sabor me recordaba el vino de la Luna.

Iba a olvidar un pormenor de los más interesantes. Los habitantes de la Luna se sirven de su vientre, como nosotros de nuestros morrales: echan en él todo aquello de que pueden tener necesidad; lo abren y lo cierran a su voluntad como su estómago, porque no están embarazados con entrañas, corazón ni hígado. Tampoco llevan ninguna clase de vestido, dispensándolos de pudor la falta de sexo.

Pueden a su grado quitarse y ponerse los ojos, y cuando los tienen en la mano ven igualmente que cuando los tienen en la cara. Si por casualidad pierden uno, pueden alquilar o comprar otro que les hace el mismo servicio. Así es que en la Luna se encuentran en cada esquina gentes que venden ojos, teniendo el más variado surtido, porque la moda cambia con frecuencia: ora los ojos azules, ora los negros, son los que se estilan.

Comprendo, señores, que todo esto debe parecerse extraño; pero ruego a los que duden de mi veracidad, se sirvan pasar a la Luna a comprobar los hechos y a convencerse de que he respetado la verdad tanto como cualquier otro viajero.

XVII. Viaje subterráneo y otras aventuras notables

Si he de referirme a vuestros ojos, estoy cierto de que antes me fatigaría yo de referir los extraordinarios acontecimientos de mi vida, que de escucharlos vosotros. Vuestra atención es demasiado lisonjera para que termine mi narración en el segundo viaje a la Luna, como me había propuesto. Escuchad, pues si os place, una historia cuya autenticidad es tan incontestable como la de la precedente, pero la aventaja por lo maravillosa.

La lectura del viaje de Brydone por Sicilia hubo de inspirarme un vivo deseo de ver el Etna.

En el camino nada notable me ocurrió; digo la verdad, aunque otros muchos, para hacer pagar los gastos de viaje a sus ingenuos lectores, no hubieran dejado de referir larga y enfáticamente infinitos detalles vulgares, indignos de la atención de los hombres serios.

Una mañana temprano, salí yo de una cabaña situada al pie de la montaña, firmemente resuelto a examinar el interior de este volcán, así me costara la vida. Después de tres horas de fatigosa marcha, llegué a la cima de la montaña. Hacía tres semanas que se oía rumor continuo en las profundidades del volcán. Bien conoceréis, señores, el Etna por las numerosas descripciones que de él se han hecho, y por lo mismo no he de repetiros lo que sabéis tan bien como yo, ahorrándome yo un trabajo y vosotros una fatiga inútil, cuando menos.

Tres veces di la vuelta al cráter, de que podéis formaros una idea figurándoos un inmenso embudo; y comprendiendo al fin que por más vueltas que le diera, no había de adelantar nada, tomé una heroica resolución, decidiéndome a saltar dentro.

Apenas hube saltado, cuando me sentí como hundido en un baño de vapor ardiente; los carbones encendidos que saltaban sin cesar me hicieron infinitas quemaduras en todo el cuerpo.

Pero por mucha que fuera la violencia con que se lanzaban las materias incandescentes, descendía yo más rápidamente que subían ellas por la ley de la gravedad; y al cabo de algunos instantes toqué el fondo.

Lo primero que noté fue un ruido espantoso, un concierto de juramentos, de gritos, de aullidos que al parecer salían de en torno de mí. Abro los ojos y veo... veo al mismísimo Vulcano acompañado de sus cíclopes. Estos señores, a quienes mi buen sentido había relegado, de mucho tiempo atrás, al dominio de la fábula, andaban a la greña hacía tres semanas sobre un artículo del reglamento interior y esta reyerta trascendía al exterior en rumores espantables. Mi aparición restableció, como por encanto, la paz y concordia entre los terribles pendencieros.

Vulcano, aunque cojeando, corrió al punto a un armario, sacó unguentos y compresas que me puso con su propia mano, y algunos minutos después estaban completamente curadas mis heridas.

Ofrecióme luego un refrigerio, un frasco de néctar y otros licores preciosos reservados a los dioses; y cuando estuve repuesto, me presentó a Venus, su esposa, recomendándole me prodigara todos los servicios y atenciones que exigía mi estado.

La suntuosidad del aposento a que me condujo, la muelle blandura del sofá en que me hizo sentar, el encanto divino que reinaba en toda su persona, la ternura de su corazón, exceden a la expresión de toda palabra humana: sólo de pensar en ello se me va el santo al cielo.

El mismo Vulcano me hizo una minuciosa descripción del Etna; me explicó cómo aquella montaña no era más que un cúmulo de cenizas salidas de la fragua; que se veía obligado con frecuencia a castigar severamente a sus operarios, que entonces en su cólera les arrojaba carbones encendidos, que ellos paraban con mucha destreza, dejándolos pasar a la Tierra, a fin de agotar sus municiones.

«Nuestras discusiones duran a veces muchos meses —añadió—, y los fenómenos que producen en la superficie de la Tierra son lo que llamáis, según creo, erupciones. El Vesubio es igualmente una de mis fraguas; una galería de trescientas cincuenta millas me conduce a ella pasando por debajo del lecho de la mar. Allí también, disensiones semejantes producen en la Tierra accidentes análogos.»

Si me complacía en la instructiva conversación del marido, más aún me gustaba el trato de la esposa, y acaso no hubiera yo dejado nunca aquel palacio subterráneo, si algunas malas lenguas no hubieran puesto en inquietud al señor Vulcano, encendiendo en su pecho el fuego de los celos.

Con esto, sin pasarme siquiera un recado de atención ni darme el menor aviso, me agarró del cuello una mañana en el mismo tocador de la diosa, y me llevó a una estancia, que no había yo visto aún; allí me suspendió por encima de una especie de pozo profundísimo y me dijo: —¡Ingrato mortal! Vuelve al mundo de que no debiste haber salido.

Pronunciando estas palabras y sin permitirme replicar una en mi defensa, me precipitó en el oscuro abismo.

Caía con una rapidez más y más creciente, hasta que el espanto, añadido a la vertiginosa rapidez, me hizo perder el conocimiento.

Pero salí de repente de mi desvanecimiento al chapuzar en una inmensa masa de agua iluminada por los rayos del sol: era el paraíso y el reposo en comparación del horrible viaje que acababa de hacer.

Miré entonces en todas direcciones sin ver más que una inmensidad de agua. La temperatura era muy diferente de aquella a que me había acostumbrado en los dominios del señor Vulcano.

Por último, y afortunadamente, descubrí a alguna distancia un objeto que tenía la apariencia de una enorme roca, y, al parecer, se dirigía hacia mí. Muy pronto eché de ver que era un témpano flotante.

Después de darle muchas vueltas hallé un sitio a que agarrarme y logré trepar hasta la cima. Pero con gran despecho mío no pude descubrir ningún indicio que me anunciara la proximidad de la tierra.

Por fin, al caer de la tarde vislumbré un buque que traía rumbo hacia mí.

Cuando estuvo al habla, grité con todas mis fuerzas y me contestaron en holandés.

Arrójeme entonces al mar y nadé hasta la nave, a cuyo bordo me recibieron.

Pregunté dónde estábamos, y me contestaron que en los mares del Sur.

Este dato explicaba todo el enigma. Era evidente que había atravesado yo todo el globo, cayendo por el Etna a los mares del Sur; lo que es mucho más directo que dar la vuelta al mundo.

Nadie, antes que yo, había intentado este paso, y si por acaso hubiera de hacer otra vez más este viaje, prometo traer observaciones de mayor interés.

Pedí algún refrigerio, que me sirvieron al punto, y me acosté. ¡Qué groseros personajes, señores, son los holandeses! El día siguiente referí a los oficiales mi aventura tan exactamente como acabo de referirla aquí, y muchos de ellos, el capitán especialmente, dudaron de la autenticidad de mis palabras.

Con todo eso, como me habían dado hospitalidad a bordo de su nave, y si vivía era por ellos, tuve que soportar la humillación sin replicar palabra.

Quise informarme después del objeto de su viaje y me dijeron ellos mismos que hacían uno de exploración, y que si era cierto lo que les había referido, estaba cumplido su objeto.

Nos encontrábamos precisamente en el derrotero que había seguido el capitán Cook, y llegamos al día siguiente a Botany-Bay, punto adonde el gobierno inglés debería enviar, no sus grandes criminales para castigarlos, sino gentes honradas para recompensarlas: tan bello y rico es de suyo aquel país.

No demoramos en Botany-Bay más que tres días. El cuarto, después de nuestra salida, se desencadenó una horrorosa tempestad que desgarró todas nuestras velas, rompió nuestro bauprés, derribó nuestras vergas de juanete que cayeron sobre la concha en que estaba encerrada nuestra brújula y la hicieron mil pedazos. Quien haya viajado por mar sabe perfectamente las consecuencias de semejante accidente. No sabíamos ya dónde estábamos ni adonde íbamos.

Por fin cesó la tormenta y fue seguida de una brisa continua. Hacía ya tres meses que navegábamos y debíamos haber hecho mucho camino, cuando de repente notamos un cambio singular en todo lo que nos rodeaba. Nos sentíamos alegres y animados y nuestro olfato se regalaba con los más

dulces y balsámicos olores: la misma mar había cambiado de color; no estaba ya verde, sino blanca.

Muy pronto descubrimos tierra, y a alguna distancia un puerto, al cual nos dirigimos, hallándolo espacioso y profundo. En vez de agua estaba lleno de leche pura. Saltamos a tierra y reconocimos que la isla entera no era sino un enorme queso.

No lo hubiéramos echado de ver, si una circunstancia particular no nos hubiera advertido.

Llevábamos a bordo un marinero que tenía invencible repugnancia al queso, y al poner los pies en tierra, cayó desvanecido. Luego que volvió en su acuerdo, rogó encarecidamente que retiraran el queso de debajo de sus pies. Se reconoció entonces el terreno y se vio que tenía razón: aquella isla no era, como acabo de decir, sino un enorme queso.

La mayor parte de sus habitantes se sustentaban de él, pero nunca menguaba aquel prodigioso queso, porque renacía de noche lo que para esta necesidad se cortaba de día.

Vimos en aquella isla muchas viñas, cargadas de grandes racimos, los cuales no daban en el lagar más que leche.

Los insulares eran esbeltos y bellos; muchos de ellos tenían hasta nueve pies de estatura y tenían tres piernas y un solo brazo.

Los adultos llevaban en la frente un cuerno, de que se servían con notable destreza.

Hacen sin fe el milagro de andar sobre las aguas, por decirlo así, pues se pasean por la superficie de leche sin hundirse y con tanta seguridad como nosotros por terreno firme.

Criábase en aquella isla gran cantidad de trigo, cuyas espigas semejantes a hongos contenían panes cocidos y todo; de modo que no había sino abrir la boca para comerlos.

Atravesando la isla de queso encontramos siete ríos de leche y dos de vino.

Después de un viaje de dieciséis días, llegamos a la orilla opuesta, donde

encontramos llanuras enteras de queso azulado o enmohecido de puro viejo, queso que tienen en gran estimación los aficionados; pero en luros, melocotoneros y otras especies que nosotros no conocemos. Estos árboles, que son gigantescos, abrigan innumerables nidos de pájaros.

Vimos entre otros un nido de alciones , cuya circunferencia era cinco veces mayor que la cúpula de San Pablo en Londres.

Estaba artísticamente construido con árboles colosales, y contenía... esperad que recuerde bien la cifra... contenía quinientos huevos, de los cuales el menor era tamaño como un gran pipote.

No pudimos ver los pollos que había dentro; pero les oímos piar. Habiendo roto a duras penas uno de estos huevos monstruosos, vimos salir de él un pajarillo implume del tamaño de veinte buitres juntos de los que por aquí se estilan.

Pero no bien hubimos cometido el atropello, cuando el alción padre se lanzó sobre nosotros, cogió a nuestro capitán con una de sus garras y lo remontó a la altura de una buena legua.

Después de haberlo azotado bien con sus alas, lo dejó caer en el mar.

Pero los holandeses nadan como peces, y el capitán se reunió pronto con nosotros y todos juntos nos retiramos a bordo.

No volvimos por el mismo camino, y esto nos permitió hacer nuevas observaciones. En la caza que matamos había dos búfalos de una especie particular, pues tenían un solo cuerno implantado entre los dos ojos. Más tarde sentimos haberlos matado, pues supimos que los indígenas los domesticaban y se servían de ellos a guisa de caballos de silla o de arrastre.

Se nos aseguró que su carne era excelente; pero absolutamente inútil para un pueblo que tenía de sobra queso y leche.

Dos días antes de llegar a la otra orilla, donde quedó anclado nuestro buque, vimos tres individuos colgados de las piernas a grandes árboles. Pregunté por qué crimen se les había impuesto aquel terrible castigo, y supe que habían ido al extranjero y que a su vuelta habían referido a sus amigos una multitud de mentiras describiendo lugares que no habían visto

y aventuras que no habían corrido. Hallé justísimo el castigo, porque el primer deber de un viajero es no faltar nunca a la verdad.

Ya a bordo, levamos anclas y abandonamos aquel singular país. Todos los árboles de la costa, de lo cuales eran enormes algunos, se inclinaron dos veces para saludarnos.

Cuando hubimos navegado tres días, Dios sabe por dónde, pues carecíamos de brújula todavía, entramos en un mar que parecía completamente negro. Probamos lo que tomábamos por agua sucia, y reconocimos con admiración que no era sino vino; y hubimos de hacer grandes esfuerzos para impedir que nuestros marineros se achisparan.

Pero nuestra alegría no fue de larga duración, porque algunas horas después nos hallamos rodeados de ballenas y otros cetáceos gigantes: había uno de longitud tan prodigiosa, que ni con un anteojo de larga vista pudimos ver el extremo de su cola. Por desgracia, no vimos al monstruo sino cuando estaba muy cerca de nosotros, y se tragó nuestro buque junto con su arboladura.

Después de haber pasado algún tiempo en su enorme boca, la volvió a abrir para tragarse una inmensa masa de agua: nuestro barco entonces, levantado por esta corriente, fue arrastrado al vientre del monstruo, donde nos hallábamos como si hubiéramos estado al ancla o en medio de una calma chicha. El aire, hay que confesarlo, era bastante cálido y pesado. Vimos en aquella especie de ensenada anclas, cables, botes, barcas y buen número de buques, cargados unos, vacíos otros, que habían corrido la misma suerte que nosotros.

Nos veíamos obligados a vivir a la luz de las antorchas; ya no había para nosotros ni sol, ni luna, ni planetas. Ordinariamente nos hallábamos dos veces al día a flote y otras dos en seco. Cuando el monstruo bebía, estábamos a flote; cuando desaguaba, naturalmente, nos quedábamos en seco. Según los más exactos cálculos que hicimos, la cantidad de agua que tragaba de una vez hubiera bastado para llenar el lecho del lago de Ginebra, cuya circunferencia es de treinta millas.

El segundo día de nuestro cautiverio en aquel reino tenebroso, me aventuré con el capitán y algunos oficiales a hacer una pequeña excursión durante la bajamar, como nosotros decíamos. Nos habíamos provisto de antorchas y encontramos sucesivamente cerca de diez mil hombres de

todas nacionalidades, que se hallaban en nuestra misma situación, y se disponían a deliberar sobre los medios de recobrar su libertad. Algunos de ellos habían pasado ya muchos años en el vientre del monstruo. Pero cuando el presidente nos instruía de la cuestión que iba a tratarse, nuestro maldito pez tuvo sed y se puso a beber: el agua se precipitó con tanta violencia, que apenas tuvimos tiempo para llegar a nuestros barcos: algunos de los concurrentes, menos listos que los otros, se vieron obligados a salvarse a nado.

Cuando el cetáceo devolvió el agua, nos reunimos otra vez, y habiéndome nombrado presidente, propuse empalmar por sus extremos los dos palos mayores que se hallaron, y cuando el monstruo abriera la boca empinarlos de manera que le impidieran cerrarla.

La moción fue aceptada por unanimidad, y cien hombres escogidos entre los más vigorosos fueron encargados de ponerla en ejecución.

Apenas estuvieron dispuestos los dos palos, según mis instrucciones, cuando se presentó una ocasión favorable: el monstruo se puso a bostezar. Empinamos sin demora los empalmados palos, de manera que el extremo inferior se apoyara en la lengua y el superior penetrara en la bóveda de su paladar, y ya con esto le fue imposible juntar las mandíbulas.

Cuando estuvimos a flote, armamos los botes, que nos remolcaron y nos sacaron a la luz del día, de que habíamos estado privados por espacio de quince.

Luego que estuvimos fuera todos, formábamos una flota de treinta y cinco buques de todas nacionalidades, y para preservar de un cautiverio semejante a los demás navegantes de aquellos mares, dejamos plantados los dos palos en la monstruosa boca del cetáceo.

Ya en salvamento, nuestro primer deseo fue saber en qué parte del mundo nos encontrábamos; pero hubo de pasar mucho tiempo antes de llegar a este conocimiento.

Por fin, gracias a mis observaciones anteriores, pude reconocer que nos hallábamos en el mar Caspio; y como este mar está rodeado de tierra por todas partes, sin comunicarse con ningún otro mar ni masa de agua, no podíamos comprender cómo diablos estábamos allí.

Un habitante de la isla de queso que llevaba yo conmigo, nos explicó el fenómeno racionalmente. En su sentir, el monstruo en cuyo seno habíamos estado tanto tiempo, había pasado a este mar por una vía subterránea.

En conclusión, allí estábamos, y muy contentos de estar allí. Pusimos proas a tierra, y a velas desplegadas enderezamos al seguro.

Yo fui el primero que saltó a tierra.

Pero no bien hube puesto en ella el pie, cuando me vi asaltado por un enorme oso.

—Sin duda viene a darme la bienvenida —dije para mí—.

Y tomándole las manos entre las mías, se las estreché con tanta cordialidad, que se puso a aullar desesperadamente; pero yo, sin compadecerme de sus lamentaciones, lo mantuve en esta posición hasta que se murió de hambre. Gracias a esta hazaña, hube de inspirar tal respeto a todos los osos, que desde entonces ninguno de ellos se ha atrevido nunca a venir a las manos conmigo.

Desde allí, me trasladé a San Petersburgo, donde un antiguo amigo me hizo un regalo que le agradecí en extremo, pues me dio un perro de caza, descendiente de la famosa perra que parió en persecución de la liebre, que parió también perseguida por la perra.

Por desgracia, un torpe cazador mató este perro tirando a una bandada de perdices. Con la piel del perro, me hice el jubón que llevo puesto, preciosa prenda que, cuando voy de caza, me conduce infaliblemente donde la hay. Cuando estoy bastante cerca para tirar, salta uno de sus botones al sitio en que está la pieza, y como mi escopeta siempre está preparada, no malogro nunca el tiro.

Quédanme aún tres botones, como veis; pero cuando llegue el tiempo de caza, haré que le pongan dos hileras. Venid a buscarme entonces, y veréis cómo tengo con qué divertirlos.

Por hoy me tomo la libertad de retirarme, deseando que paséis muy buena noche.

Gottfried August Bürger



Gottfried August Bürger (Molmerswende, 31 de diciembre de 1747 - Gotinga, 8 de junio de 1794) fue un poeta alemán. Es conocido principalmente por traducir del inglés al alemán *Los maravillosos viajes por tierra y por mar, guerra y divertidas aventuras del barón de Münchhausen* de Rudolf Erich Raspe.

Estudio teología y fue profesor en la universidad de Gotinga, donde enseñaba estética. En 1784 moría su primera esposa. En ese mismo año

es nombrado privatdozent de la universidad. En 1785 contrae matrimonio con su cuñada, que morirá meses más tarde, en enero de 1786. Un año más tarde, en 1787, es nombrado doctor honorario de filosofía; en 1790 se casó por tercera vez aunque dos años más tarde se divorciará, y fallece en 1794.

Perteneció a un grupo de poetas y escritores de Gotinga, con los que creó una nueva tendencia poética alemana, destacó por sus poemas folclóricos, entre sus obras destaca «Lenore», de 1773, poema largo que cuenta una historia de influencia vampírica, «Cazador salvaje», de 1778, y «Canción de un buen hombre», de 1778. Tradujo al alemán a Shakespeare y a Homero.

Pero es especialmente recordado por su traducción sobre las aventuras del barón de Münchhausen, que hizo que la personalidad de este personaje traspasara las fronteras de Alemania y se convirtiera en un personaje universal. En estas historias se permitió introducir algunas nuevas de su propia cosecha, y fue tan popular su versión que hizo que se olvidara la de Raspe, que era la original.